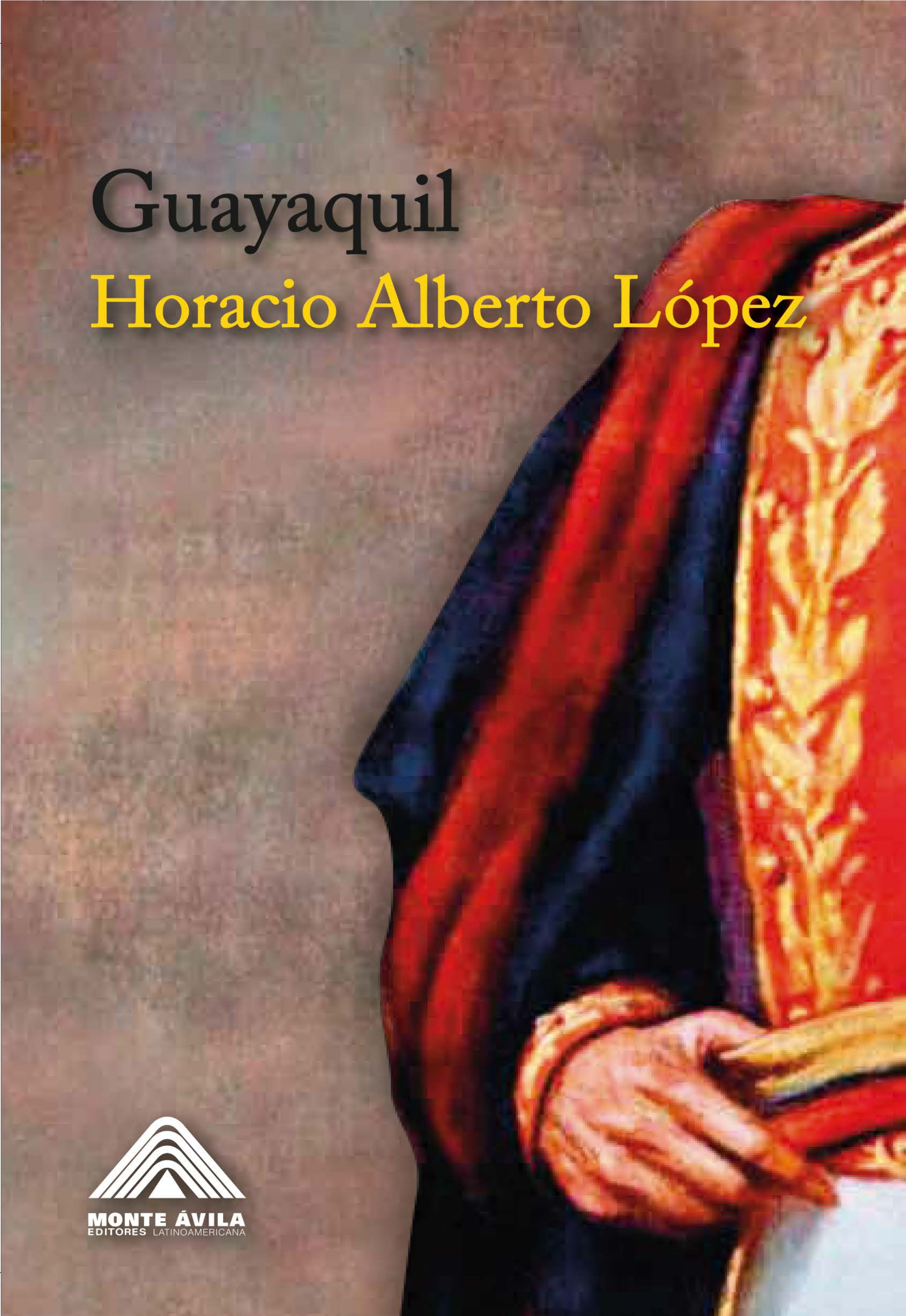


Guayaquil
Horacio Alberto López
MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



COLECCIÓN CONTINENTES

Guayaquil



Horacio A. López

Guayaquil



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

Guayaquil
© Horacio A. López

DIAGRAMACIÓN:
Odalis C. Vargas B.

IMAGEN DE PORTADA:
Pintura del Libertador (Autor anónimo)

DISEÑO DE PORTADA:
Greisy Letelier

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, municipio Libertador,
Apartado Postal 1010, Caracas, Venezuela
Teléfono: (+0058 212) 482.8989
www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL N.° DC2022001610
ISBN 978-980-01-2360-7

Introducción

La gesta del general San Martín, cruzando los Andes con su ejército, fue una hazaña militar tan o más grande que la de Aníbal Barca, el joven comandante en jefe del ejército cartaginés, quien traspuso los Pirineos y los Alpes. Este, con su fuerza armada que incluía 38 elefantes de guerra; aquel con su caballería, mulas, infantería y artillería. Aníbal en pos de enfrentar a los romanos en el norte de Italia; San Martín en busca de los realistas españoles en Chile y luego en Perú. Así como Aníbal usara España como el bastión inicial desde el cual iniciaría su marcha épica, San Martín lo hizo con Mendoza. Allí, lejos de las intrigas políticas de Buenos Aires, había organizado una economía de guerra con el fin de crear el ejército libertador que necesitaba. A los pobres les pidió enrolarse; a los ricos dinero; a la Iglesia, joyas y otros valores; a los criollos estancieros les expropió caballadas y granos y les exigió esclavos como combatientes. Fabricó sus propios cañones, pólvora y uniformes. Fue venciendo todas las dificultades: «Si no puedo tomar las mulas que necesito me voy a

pie (...) El tiempo me falta para todo, el dinero ídem, la salud mala, pero así vamos tirando». Eso le escribió a su colaborador Tomás Guido. Cuando consideró estar listo, y haciendo caso omiso a los requerimientos estrechos y contrarrevolucionarios que lo llamaban a Buenos Aires, cruzó los Andes con más de cinco mil hombres, con mulas, caballos, dieciocho piezas de artillería y provisiones para hombres y bestias. Desafió los vientos, la nieve, el frío, el soroche, la soledad y hasta el sentido común, transitando con su ejército entre montañas de más de tres mil metros cubiertas de nieve eterna, a veces desplazándose al borde de abruptos precipicios y otras aliviado por extensos altiplanos, cruzando ríos, cascadas, entre bardas que acompañan hacia los valles superiores. San Martín viajaba en mula mientras podía y en camilla, improvisada con arpilleras y ponchos, portada por cuatro paisanos, cuando su salud empeoraba y no respondía ni siquiera al opio. Por las noches le improvisaban un jergón entre las rocas, en lugares preparados donde nacían pequeños arbustales, para que pudiera dormir un poco. Llevaba el genial objetivo de transformar a Chile en el trampolín desde el cual asestar el golpe de gracia al poder realista concentrado en Lima. Así como Aníbal derrotó a los romanos en las batallas del lago Trasimeno y de Cannas, el argentino hizo lo propio con el dominio español en Chile en las batallas de Chacabuco y Maipú.

El objetivo de San Martín era el Perú, pero las fuerzas de la revolución acantonadas en Curimón, en el valle del Aconcagua que engarganta con el paso por Uspallata, se encontraban con una serie de problemas: Por un lado, el recientemente formado gobierno chileno tenía las arcas vacías y no podía hacerse cargo de mantener a ese ejército. Por otro, el argentino observaba que poco a poco se iba instalando la anarquía y el enfrentamiento entre las fuerzas vivas chilenas, lo que no auguraba nada bueno y hacía dudar sobre la permanencia

del gobierno de O'Higgins. Se daba cuenta de que había que preservar al ejército argentino de ese desorden que llevaría a enfrentamientos intestinos. Además, no veía en el Senado en Santiago voluntad de crear las condiciones para la expedición al Perú. Concluyó que lo más atinado era el repaso de los Andes, regresando su ejército a Mendoza y desde allí ayudar a O'Higgins, a través de la Logia y de su representante Tomás Guido, a crear las condiciones para retomar el plan inicial.

Volvió a cruzar la cordillera, ese inmenso gigante de granito, de nuevo por peligrosos senderos al borde del vacío, a veces facilitados por imprevistas mesetas, bajo la mirada curiosa de cóndores, pumas, llamas y flamencos en las lagunas, con una avanzada de cincuenta cazadores a caballo, cincuenta artilleros con ocho piezas y quinientos soldados de infantería, dejando al resto en Curimón, al mando de Balcarce. No era fácil para él ese cruce, con los padecimientos estomacales que le producían intensos dolores y con el asma que se agravaba con ese clima inhóspito en la alta montaña. Sus hombres valoraban verlo avanzar sin que una queja saliera de sus labios.

Posteriormente hizo regresar a Mendoza a otros 1.200 hombres. O'Higgins comprendió que su gobierno peligraba sin la presencia del ejército argentino. Le escribió a San Martín: «Terrible cosa es mover al Ejército de los Andes a la otra banda, y más terribles los riesgos a que este país queda expuesto: las fracciones se reaniman y el virrey Pezuela intentará una nueva invasión. Peligra la libertad chilena restablecida con el trabajo de usted mismo». La Logia Lautaro y Tomás Guido terminaron de convencer a O'Higgins de la conveniencia de retomar la prosecución de la guerra continental. Mientras tanto, los problemas no eran menores en el exvirreinato del Río de la Plata: se anunciaba, y los servicios de espionaje español se encargaban de que se supiera para frenar lo más posible la marcha al Perú, una expedición punitiva realista de 20.000 hombres para

reconquistar Buenos Aires. Pero lo más grave de todo era la guerra civil que habían iniciado los caudillos del Litoral y de Córdoba, y que se extendiera luego a Tucumán, Mendoza y San Juan.

El panorama se complicaba aún más con la Banda Oriental en manos de los portugueses y con la oposición, cada vez mayor, que le hacían a San Martín desde el Directorio.

El general Rondeau había reemplazado a Pueyrredón, pero este nuevo Director Supremo fue cayendo de concesión en concesión. Primero aprobó el ignominioso levantamiento del Batallón Nº 1 del Ejército de los Andes, que debía incorporarse a las fuerzas de San Martín. Luego, ante su incapacidad en los avatares de una guerra civil que conduciría, de no frenarse, a la disolución de los vínculos que unían a las Provincias Unidas, echó más leña al fuego al ordenar al general San Martín que bajara con su ejército a Buenos Aires a fin de sofocar el levantamiento de los caudillos del Litoral.

Quedaban en evidencia las miserias que pretendían defender intereses muy parciales por sobre los supremos objetivos de la guerra de liberación y la independencia de América.

Desobediencia y Acta de Rancagua

Bernardo Monteagudo estaba con don José cuando este recibió la orden. El general se la leyó a su subordinado y quedó en silencio un buen rato. Bernardo presentía la tormenta que estaría pasando por su cabeza dado que, por formación militar, no estaba acostumbrado a desobedecer órdenes, pero tampoco a traicionar sus convicciones. San Martín se inclinó, tomándose el estómago, dando muestras de dolor. Bernardo conocía las dolencias de su superior.

«La noticia le debe aumentar sus dolores, junto con su amargura», pensó.

San Martín le dijo, dirigiéndose a su subordinado por su grado y no por su nombre de pila como acostumbraba hacerlo (lo que evidenciaba que su mente estaba funcionando estrictamente como militar):

—Coronel: he decidido desobedecer esta orden de los gachupines porteñistas para poder seguir siendo fiel a mi ideal, que también es el de mis soldados.

La afirmación descomprimió totalmente el clima creado con la lectura de la orden. Mientras Monteagudo evidenciaba su complacencia en su rostro mestizo, el general tomaba opio de un pequeño frasco para aliviar sus dolores.

—¡Lo felicito, mi general! Contará con todo nuestro apoyo.

Monteagudo estaba loco de contento. Esa decisión consolidaba el objetivo supremo, y era un golpe a las bribonerías de sus compatriotas de Buenos Aires.

—¡Menos mal que San Martín tiene las charreteras y otras yerbas bien puestas, y no se deja enredar en los flecos del poncho! —le comentó posteriormente, por lo bajo, a un camarada de armas.

San Martín escribió a O'Higgins, con plena conciencia de las circunstancias: «Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el Diablo».

Y O'Higgins le contesta, reafirmando la decisión de ambos: «La fortuna propicia nos está convidando a dar la última mano a la libertad de América; y le proporciona una ocasión y un motivo justo para resistir la orden de su gobierno. Sin la libertad del Perú esté usted convencido de que no podremos salvarnos, y ahora es el momento de venir a Chile con las tropas de Cuyo, en la seguridad de que a los dos meses estamos en camino para lograr el objetivo tan deseado».

Verdaderamente, todo se hubiese ido al diablo si quedaba prisionero de las visiones estrechas de la política argentina. Se decidió por lo que era lo esencial en esos momentos: la lucha por la independencia americana, siendo así consecuente con los ideales del movimiento de Mayo. «Así como a Belgrano le importó un carajo oponerse a las órdenes de Rivadavia», pensó, «yo me opondré igual a las órdenes de Rondeau». No se imaginaba que tal decisión la pagaría cara en el futuro.

Desprovisto de esa ayuda significativa, Rondeau es derrotado por los caudillos del Litoral en la batalla de Cepeda, el 1º de febrero de 1820, sumiéndose como consecuencia de ello el Río de la Plata en un período de anarquía.

Pocos días antes, producida la insubordinación del Regimiento Nº 1 de Cazadores de los Andes, en San Juan, se decidió que el general Alvarado llevara todas las fuerzas estacionadas en Cuyo del otro lado de la cordillera, alejando a las tropas del mal de los enfrentamientos fratricidas. Se aceleraban así los plazos.

San Martín, abrumado por su «desobediencia», presentó su renuncia al cargo de general en jefe, la que no fue aceptada por los oficiales de su ejército, los que por medio de la llamada Acta de Rancagua, del 2 de abril de ese año, lo confirmaron en su responsabilidad.

San Martín estaba muy enfermo, sería para él un gran sacrificio volver a cruzar la cordillera, pero su deber militar se lo reclamaba. En camilla portada por sus soldados, y cuando mejoraba en burro, volvió a Chile.

Bernardo Monteagudo comenzó a trabajar en Santiago, al lado de O'Higgins y San Martín, como en los viejos tiempos lo hiciera en Buenos Aires con los patriotas de la Logia. San Martín se iba recuperando día a día. Como primera medida le encomendaron al tucumano la fundación de un periódico, *El Censor de la Revolución*, el que tendría el objetivo de apuntalar la revolución y promover la campaña al Perú en la opinión pública chilena. Nuevamente volvía a su oficio más querido, el periodismo político.

—No se trata solamente de guerrear por la independencia —le dijo San Martín—, sino de concientizar al pueblo sobre el porqué lo hacemos.

O'Higgins aprobó con su cabeza; el chileno, de tez blanca tirando a rosada, pelo crespo casi colorado, profusas patillas

a la moda, físico tirando a corpulento, vestía de paisano en la ocasión, al igual que el tucumano, en contraste con el general argentino, de estricto uniforme militar. O'Higgins tenía confianza ciega en Monteagudo.

—Entonces tendremos que hablar de la revolución —contestó el flamante director— y de las medidas que ya tomamos y las que tomaremos en cuanto la consolidemos.

—De acuerdo, Bernardo —afirmó O'Higgins—. Confiamos en tu inspiración y en tu pluma con poder de convicción.

—Me interesa —agregó Bernardo— que expliquemos bien el porqué vamos a ir al Perú.

Los jefes aprobaron sus criterios.

De nuevo en lo suyo, su querido oficio del periodismo.

Desde las páginas de *El Censor* escribió sobre

> el Estado actual de la Revolución, el que ofrece —decía— un cuadro de temores y de esperanzas, de energía y de debilidad... La empresa es de las más arduas, porque ella se dirige a resolver el problema de si nuestra marcha es progresiva o retrógrada, en la carrera que emprendimos diez años ha.
>
> El corto espacio de diez años ha bastado para causar una transformación tal entre nosotros, que si un viajero observador hubiese examinado antes estos países y volviese a ellos ahora, después de haberse ausentado en la víspera del día que parecimos hombres por la primera vez, con dificultad se persuadiría que estas tierras eran las regiones que había visitado anteriormente...

Y luego pasaba a enumerar los que, entendía, eran los logros de la revolución:

> La destrucción de la escuadra de Montevideo en 1814 por las fuerzas navales de las Provincias Unidas... La empresa de pasar los Andes para cooperar a la libertad de Chile; la formación de la escuadra de Chile en 1818...; por último, la

> empresa de libertar al Perú, que está próxima a verificarse y cuyos inmensos costos solo puede soportarlos un pueblo que ya ha adquirido los recursos que proporciona la independencia y que al mismo tiempo la aseguran.

El Censor de la Revolución, que se hacía en la imprenta del gobierno, jugó un gran papel en esa etapa; el primer número apareció el 20 de abril de 1820, y el último, el Nº 7, el 10 de julio del mismo año. Si bien se trataba, en general, de difundir los logros de la revolución, el objetivo mayor estaba puesto en pro de la expedición al Perú. El último número contenía dos notas destacadísimas al respecto; una decía en grandes caracteres:

> Expedición Libertadora al Perú: anunciando acercarse no ya el mes, sino el día en que va a salir de nuestras costas la Expedición Libertadora, con un ejército respetable, acostumbrado a vencer y dirigido por un general cuyo mejor elogio es la impresión que hace su nombre entre los enemigos del país....

El otro suelto cerraba esa última edición y se titulaba «Santiago de Chile, Julio 10», y anunciaba en letras bastardilla y a toda mayúscula, que partía para Valparaíso el Estado Mayor del Ejército Expedicionario. Los últimos párrafos decían: «Felices los que van a participar de los riesgos de esta empresa. Su suerte será envidiada por todas las almas a quienes el amor de la gloria inspira una pasión fuerte por los grandes designios».

Terminaba así una larga e intensa etapa, llena de vicisitudes y situaciones cambiantes; y comenzaba otra, seguramente la más gloriosa y la que más satisfacciones y frustraciones traería.



Valparaíso, 1820

A pesar de estar en invierno el clima se mostraba benigno, sin vientos y con un tímido sol que intentaba asomarse entre las densas nubes grises.

El puerto de la hermosa bahía mostraba una actividad febril. Llegaban desde el campamento de Quillota las tropas que embarcarían en los transportes que las llevarían a la ansiada tierra de los incas. Los soldados, marchando en fila, parecían conformar una larga serpiente multicolor desplazándose por la ancha bahía. Lo primero que se cargó fueron los pertrechos de guerra, alimentos, caballadas, arneses y armas, incluidos los pesados cañones, todo controlado por el exigente fray Luis Beltrán, ungido capitán de artillería. Desde tierra, el pueblo contemplaba los preparativos del Ejército Libertador. Veían las embarcaciones que se habían ido concentrando en la rada; además de los transportes estaban fondeadas otras de guerra que suponían, acertadamente, serían las escoltas. Mientras la flota terminaba de ser aprovisionada, San Martín navegaba en una empavesada falúa entre los barcos, supervisando las

operaciones. Iba acompañado de sus generales José Antonio de Arenales y Toribio de Luzuriaga, Las Heras —designado jefe del Estado Mayor—, junto al coronel Tomás Guido y los secretarios de guerra Bernardo Monteagudo y Juan García del Río. De todos sus oficiales, Juan Gregorio Las Heras era el más experimentado en cuestiones de guerra: héroe en Chacabuco, venció al general español José Ordóñez en Curapaligüe y Gavilán, en el sur de Chile; salvó a la mitad del Ejército en el desastre de Cancha Rayada y se volvió a destacar en la batalla de Maipú. Don José confiaba en él más que en los otros.

Ante cada navío al que se acercaban, don José comentaba el poder de fuego del mismo, la capacidad de carga, la velocidad de desplazamiento y otras características, evidenciando un conocimiento pormenorizado de sus embarcaciones.

A causa de las bajas sufridas en la campaña en Chile, el Ejército de los Andes había sufrido modificaciones en su organización: San Martín reubicó cuatro compañías con trescientas plazas sobrantes de los Granaderos a Caballo para formar un escuadrón que sirviera para su escolta personal. Lo denominó Cazadores a Caballo. Nombró comandante del mismo a Mariano Necochea.

Los Cazadores a Caballo fueron dotados de un uniforme propio: chaqueta verde con alamares blancos, cuello y botas granas; pantalón «medio sajón» verde con franjas blancas. Las gorras eran de suela. Portaban sables curvos con vainas de hojalata, carabinas, portamosquetón, cartucheras negras y mochilas de piel de chivato.

El traslado del Ejército Libertador a los barcos fue un espectáculo imponente. Los Granaderos a Caballo, los Cazadores, artilleros, la infantería, iban abordando ordenadamente los transportes asignados ante las miradas de la multitud que, desde la playa, los techos de las humildes viviendas y las

lomadas, observaba el acontecimiento, nunca antes visto por esas tierras. Las gaviotas, y otros pájaros como piqueros y pilpineles, daban vueltas sobre los mástiles, brindando también sus augurios en la despedida con sus estridentes cantos.

En la bahía estaban ancladas la *O'Higgins*, fragata de 44 cañones, luciendo la enseña del almirante lord Cochrane, comandante de la flota, contratado por el gobierno chileno; la *Lautaro,* de 46 cañones, el bergantín *Galvarino*, de 18, y el *Araucano*, de 16; la goleta *Moctezuma*, de 7; la *Independencia*, de 28, y el navío más poderoso de la flota, el *San Martín*, con 64 cañones, en donde estaba instalado el rancho del general en jefe. Completaban la flota los dieciséis transportes de tropas y algunas lanchas cañoneras.

El cuerpo de Cazadores fue subido a la *San Martín*. Era la primera vez que muchos soldados estaban a bordo de un navío de ese porte. Miraban con asombro y curiosidad el trabajo de los marineros sobre las vergas y peñoles, alzando trapos sobre el trinquete, el mesana o el bauprés; marineros que subían o bajaban con una agilidad increíble se trasladaban presurosos por la cubierta, obedeciendo todos a tareas asignadas de antemano según sus roles u oficios.

Una vez todos a bordo, la flota levaba anclas para zarpar, así que se dio la orden de formación sobre cubierta para despedirse de Chile con honor. Con las velas desplegadas, chicoteando al viento, la flota comenzó a desplazarse. A la vanguardia iba el almirante Cochrane en la *O'Higgins*; a babor de la fragata se ubicaba la *Lautaro* y a estribor el *Galvarino.* Luego seguían los transportes flanqueados por el *Araucano* y la *Moctezuma*. Cerraban el convoy la *Independencia* y la *San Martín.*

El sol se les adelantaba en el mar en ese atardecer del 20 de agosto de 1820, iluminando el camino y los hinchados velámenes con la colaboración del viento que se sumaba al

festejo. El mar de invierno se mostraba manso, como queriendo facilitar los desplazamientos.

Las banderas con la estrella de Chile flameaban en los palos mayores. Los patriotas, marcialmente formados sobre las cubiertas, escuchaban, cada vez con menor intensidad, las aclamaciones de los reunidos en tierra.

Apoyado sobre la batayola de babor, San Martín, abrigado con su capote militar y calzado con su bicornio, miraba con su catalejo hacia la costa, hacia ese pueblo que hacía flamear banderas y pañuelos; pero su mente estaba mucho más allá. Se le acercó Monteagudo y le dijo:

—¡Por fin zarpamos, mi general!

San Martín lo observó un instante para luego volver a perder la vista en el celaje costero.

—Dejamos una tierra liberada, coronel, y vamos al encuentro de otra tierra que nos reclama. Cierto es que debemos estar felices de poder dar este paso; pero hemos desobedecido a Buenos Aires. Me acongoja que dejemos a la patria al borde del abismo de la anarquía.

Esa era la realidad, pero don José jamás iba a involucrarse en las guerras civiles ni abandonar la magna empresa de la liberación de Sudamérica.

Quedaron en silencio, como meditando esos dramas o sopesando los futuros desafíos. Al cabo de unos minutos San Martín abandonó su actitud contemplativa y agregó:

—Pero este es nuestro destino y lo mejor que nos puede pasar es seguir siendo fieles a nuestras convicciones. Ahora solo nos queda avanzar.

Dicho eso le sonrió a Monteagudo, le dio una palmada afectuosa y se retiró a su camarote.

Monteagudo quedó solo, apoyado en la baranda, meditando. Se salía de la vaina por vivir a pleno esta etapa de la guerra. Su ánimo iba predispuesto para servir al ejército libertador en

todo lo que fuese posible como militar; pero además, ganado por su vocación de periodista político, soñaba con poder ser, como el gran historiador Polibio en el ejército romano de Escipión en la campaña contra Numancia, un cronista veraz de la gesta de San Martín.

Los navíos comenzaban a cabecear cada vez más al internarse mar adentro. El fresco agradable de la partida se fue transformando en un viento frío que obligó también a Monteagudo a retirarse a los camarotes.

Al cabo de dieciocho días divisaron la costa del Perú... La tierra de Túpac Amaru los aguardaba ansiosa. Como justicieros enviados por Viracocha, venían para recuperar y reconstruir el mundo destruido por los bárbaros barbados que un día llegaran cumpliendo con la profecía de Huayna Cápac.



La Lima virreinal

Los realistas seguían viviendo en Lima en el mejor de los mundos, a pesar de que ya la escuadra chilena navegaba cerca de las costas peruanas y parecía inminente el desembarco del ejército independentista. Crecía el apoyo a la revolución entre las masas campesinas y muchas montoneras se iban formando para sumarse al ejército de liberación comandado por San Martín, ni bien pusiese pie en tierra.

Esto se reflejaba en un estado de excitación y deliberación en el pueblo limeño y en cierta anarquía en los mercados populares, ya que comenzaban a escasear los alimentos, aunque no todavía para los sectores pudientes, que habían acumulado convenientes reservas.

Toda esa realidad parecía no hacer mella en el estado de ánimo de los realistas limeños, quienes confiaban plenamente en sus fuerzas armadas. El único tono discordante era que se comentaban supuestas divergencias del virrey Pezuela con los mandos militares. Ello no impidió que se decidiera organizar una gran fiesta que nucleara a lo más granado de la sociedad

limeña. Parecían todos ignorar el peligro de la invasión independentista, o la subestimaban por completo.

El fiscal marqués de Osorio, con la anuencia del virrey, fue el comisionado para organizar una fiesta en homenaje al nuevo arzobispo de Lima. Por su cargo, el marqués era funcionario temido por su autoridad, ya que poseía poder de policía encomendado por la Inquisición.

Los funcionarios de más alto rango del virreinato, militares, aristócratas y acaudalados comerciantes, recibieron sus tarjetas de invitación; en ellas rezaba que el virrey en persona asistiría a honrar a Su Eminencia. De Osorio logró que su amante, Lucrecia Vernet, reconocida dama de esa sociedad, mujer aún bella y atractiva a sus cuarenta y cinco años, pusiera a disposición su amplia y cómoda casa colonial para tal fin. El salón de la mansión era muy amplio, capaz de albergar a dos centenares de invitados discurriendo con comodidad. Todo un lateral daba a un patio en el que un hermoso y cuidado jardín había sido artísticamente engalanado e iluminado. La noche se mostraba agradable, por lo que varios grupos charlaban y bebían al aire libre. La separación entre el recinto y el patio la constituía una fila de ocho columnas entre las cuales había amplias puertas ventanas que se habían abierto totalmente para la ocasión. En el centro de la sala colgaban enormes arañas doradas, simétricamente dispuestas en relación a las columnas, en las que decenas de velas ardían trémulamente. Varios sirvientes uniformados con libreas de llamativo color rojo con bordados dorados, iban y venían con sus bandejas cargadas de copas de cristal con licores y champaña. Las damas de mayor edad se habían juntado por grupos, sentadas en los sillones, sillas y canapés de estilo Directorio, con ornamentos de bronce sobre el damasco rojo, distribuidos en distintos costados del salón. Todas ellas, profusas matronas, lucían

rígidos brocados, altos tacones y pelucas empolvadas. Varias de las que aún se sentían atractivas y en condiciones de despertar admiración mostraban sus caras muy maquilladas y con los infaltables lunares postizos de moda. Los caballeros vestían de acuerdo a sus edades: los mayores lucían calzones cortos de seda y chalecos llamativos a la usanza del siglo XVIII; los de mediana edad se presentaban con trajes de corte español de 1795, característicos por sus botones grandes y solapas anchas. Los mozalbetes vestían pulcros y finos fraques, debajo de los cuales se distinguían sus blancas camisas de cambray. El mayor colorido lo daban los oficiales de distintos regimientos con sus uniformes de gala azules o rojos, con guarniciones y charreteras doradas y pantalones muy ajustados de color blanco con arabescos negros en sus costuras, ceñidos por altas botas laqueadas. Sobre largas mesas talladas, ubicadas en fila a un costado, se habían colocado bocadillos, vinos y poncheras.

Entre los invitados figuraba José de Mezy, un medio francés por parte de padre que era reconocido en Lima como un poeta de moda. Este personaje, un poco raro, impredecible, galán empedernido que enamoraba a todas las mujeres, era un agente secreto de San Martín, al igual que la aristocrática Rosa Campusano, espía y amante del argentino, quien se movía en esos círculos sociales como pez en el agua. Ambos actuaban coordinando sus acciones y alternándose en la tarea de hacerle llegar al general sus informes, cada uno a través de vínculos propios.

De Osorio pidió a Lucrecia que se encargara de oficiar de anfitriona. Salvo la selección de los invitados y de las bebidas, De Osorio dejó todo en manos de la Vernet, la que haciendo gala de su alcurnia y experiencia en eventos sociales se encargó con eficiencia de comidas, ornamentaciones, orquestas y artistas para entretenimiento de los concurrentes.

De Mezy, finamente vestido a la última moda, alto, garboso, con su cabellera rubia perfectamente peinada y perfumada, estaba rodeado de varias admiradoras enjoyadas con carísimas piedras que lucían sobre vestidos de última moda en París, y por algunos hombres atraídos por curiosidad. Se hablaba de literatura, tema en que la Vernet hacía gala de sus conocimientos:

—Yo sostengo —decía la anfitriona— que nuestros poetas son muy buenos. Me refiero a los de España —aclaró sonriendo—. A los americanos no los conozco; en realidad, no sé si existen. Obviamente —se apresuró a agregar—, a nuestro querido De Mezy lo considero dentro de los primeros, aunque su inspiración surja desde estas colonias. Y creo que son buenos porque se alejan de las reglas herméticas y de las imitaciones tediosas de Aristóteles y Horacio.

De Mezy agradeció el cumplido con una sonrisa; estaba pendiente de lo que decía esa mujer encantadora. Lucrecia continuó entusiasmada:

—Debemos dar gracias por esto a Carlos III. Recuerdo mi liceo en Madrid y cómo repercutieron entonces las medidas de nuestro querido soberano en cuanto a dejar volar la libertad en los estudios, suprimiendo las exigencias de los preceptos literarios en boga. Reconozco —dijo riendo— que con profesores que interpretaron estos cambios, todas las niñas nos hicimos poetisas.

El poeta del grupo estaba subyugado por esa mujer y por lo que decía; seguramente estaría haciendo el ejercicio mental de imaginársela niña, escribiendo poesía.

Uno de los funcionarios allí presentes, de apellido Godoy, creyó conveniente, a esa altura, terciar en la conversación:

—Yo creo, querida amiga, que Europa no valoró debidamente nuestra literatura. Sostengo que deberíamos publicar toda una biblioteca con los mejores escritores de nuestra cultura, para que el mundo conozca el nivel de nuestra creación.

Es más, España y América no necesitan de otros idiomas; con lo impreso en castellano y en latín, basta para cultivarnos y cultivar.

La ignorancia y soberbia del funcionario molestó a De Mezy, quien se animó, por la barbaridad oída y por el champaña bebido, a replicar:

—El pensar que en materia de literatura nos basta con lo nuestro, es condenarse al ostracismo y a la ignorancia.

Intentaba ser lo menos agresivo posible, pero lo oído evidentemente lo indignaba.

—¿Cómo pretender contener el arte y la cultura con fronteras geográficas? —se preguntó, aunque en realidad interpelaba a su auditorio—. ¿Son españoles acaso Massillon, La Harpe, Lebrun Pindare, D'Alembert?

Esos nombres nada decían al grupo que escuchaba, pero ayudaban, sobre todo entre las damas, a resaltar la cultura del poeta, con lo cual se fascinaban más.

El fiscal De Osorio había llegado en busca de la Vernet y había escuchado al poeta. Por la cara que puso, debería estar maldiciendo que Lucrecia lo hubiera invitado.

Se hizo un silencio embarazoso durante el cual el señor Godoy miraba al marqués como pidiéndole ayuda; este a la Vernet, reprochándole la situación, y todas las mujeres, embelesadas, a De Mezy.

El marqués se decidió a opinar por obligación:

—Cierto es, como señala el caballero, que no podemos pensar en que solamente España produce buenas obras; pero no es menos cierto que nos encontramos en falta en cuanto a la difusión de las obras propias que merecen universalizarse. Falta información, lamentablemente, sobre nuestros autores, como también faltan bibliotecas que los hagan conocer por parte de nuestras jóvenes generaciones.

De Mezy, acalorado ya y despojado de todas las precauciones aconsejadas por la prudencia, agregó:

—No comparto hacer comparaciones. Sostengo, más bien, que existen talentos fuera de España, como Voltaire, Diderot, Montesquieu, Rousseau, que no se pueden ignorar ni ocultar.

La mención a autores que, se sabía, figuraban en el *Index*, puso lívidos a la mayoría de los asistentes a esa conversación que conocían que eran autores prohibidos por la Inquisición, aunque no los hubieran leído; especialmente irritó a De Osorio, mas nadie osó interrumpir al poeta.

—Como también inteligencias en España —continuó— de la envergadura de un José Cadalso. Pero lamentablemente son menos. España está casi ausente del teatro, de las artes en general. Tal vez esto se deba al exceso de facilidades derivadas de sus posesiones ultramarinas; de allí el aislamiento; de allí que ni se fije en los italianos, holandeses y tantos otros. De allí que tampoco se preste atención a la Francia ascendente. Con todo respeto, creo con Montesquieu que, concediendo que en nuestra nación se encuentran bien los conceptos de «entendimiento» y «juicio», no así se los descubre en nuestros libros. Y yo soy, señora Lucrecia, de los que sufren la realidad de nuestras bibliotecas compuestas, casi en su totalidad, de novelas caballerescas o picarescas por un lado, y tratados escolásticos por el otro. Y lo poco que no cae en esas categorías son comedias insalubres, crónicas indigestas sin exactitud ni verdad; historias pesadas que describen batallas, festines y bodas reales, o vidas fabulosas de capitanes insignes que la estupidez, el partido y la credulidad cubrió de prodigios; o de santos, con dolor debo decirlo, que la indiscreta piedad llenó de fábulas y de maravillas.

José de Mezy hablaba con erudición pero con fastidio y nadie se atrevía a contradecirlo. De Osorio estaba colorado de ira por la desfachatez de ese medio francés que se permitía mentar libros y autores prohibidos delante de él, nada menos que en esa recepción al nuevo jefe de la Iglesia.

A esa altura se habían congregado alrededor del poeta y la Vernet muchos más invitados, atraídos quizás por la presencia del marqués.

—Y si indagáramos entre los libros que llamamos escolásticos —agregó el poeta ya completamente descontrolado, ante la mirada azorada de la Campusano que se encontraba entre los allí reunidos, sufriendo por la imprudencia de su compinche—, nos encontraremos con gruesos volúmenes de teología contenciosa, cursos de filosofía fantástica que contribuyen a confundir las ideas con reglas complicadas que, en lugar de ayudarnos a adelantar el estudio del hombre y de la naturaleza, nos atrasan y lo hacen cada vez más inaccesible.

Los interlocutores del poeta se sentían agobiados, ya que lo que este decía superaba sus capacidades de entendimiento. Salvo, claro está, varias damas muy jóvenes que, sin entender nada, gozaban de la locuacidad de ese hombre tan buenmozo y encima poeta.

De Mezy, exaltado, continuó con su discurso:

—Pero obras de arte no encontraréis en esos estantes peninsulares. Obras que dignifiquen el lenguaje, que lo ayuden a avanzar y perfeccionarse, a enriquecerse, ninguna. Solo libros polvorientos por fuera y por dentro, escritos en un castellano ya vetusto. Únicamente los turcos, que viven aislados en Europa, conservan el lenguaje y los valores de su fiero Othman, en testimonio de su barbarie. Pareciera que queremos imitarlos.

—Tal vez —dijo el marqués, decidido a terminar esa discusión absurda con ese insolente— no sois justo con la patria de vuestra respetable madre. Por ese camino se corre el peligro de volverse antiespañol sin darse siquiera cuenta.

Dicho esto, sin aguardar respuesta, De Osorio tomó a la Vernet de un brazo y le dijo:

—Señora, os invito a que me acompañéis a recibir a nuestro venerado virrey y a Su Eminencia, nuestro nuevo arzobispo.

¿Nos disculpáis? —agregó, mirando al resto con una sonrisa fingida.

Se retiró con Lucrecia, dejando esa ridícula discusión y a ese absurdo personaje. De Mezy se lamentó de separarse de esa mujer que comenzaba a atraerle. Rosa Campusano le dedicó una mirada dura, dándole a entender que se exponía demasiado ante los realistas allí reunidos. Pero las damas del grupo, rogándole que les recitara algunos poemas, lo volvieron a la realidad de la fiesta.

—¡Este hombre es peligroso! —se dijo para sí el marqués, sin evitar que la Vernet lo escuchara.

Riendo, Lucrecia le contestó:

—Es un hombre divertido e inofensivo. Yo comparto muchas de sus opiniones. Además no olvidéis que hoy toda Lima habla de la hermosura de sus versos. Ya los escucharéis.

—Peor aún —murmuró para sí De Osorio—, con más razón deberé ocuparme de este bribón —pensó.

Pocos minutos después hizo su aparición el nuevo arzobispo, del brazo del virrey. Los invitados, que estaban ansiosos por conocer a la nueva autoridad eclesiástica, se agruparon y aplaudieron a Su Eminencia Santana. De Mezy, a quien la autoridad homenajeada no le interesaba, se fue a tomar más champaña con los músicos contratados para la ocasión.

De Osorio recibió a ambas personalidades con la ceremoniosidad que las circunstancias requerían. El togado, engalanado con sotana de raso fino, crucifijo de oro al cuello, medallas pías y un rosario cuyas cuentas eran piedras preciosas, fue presentado a cada una de las altas personalidades reunidas y a sus respectivas esposas, ante la fiscalización del virrey, quien iba acotando algún cumplido sobre cada uno de los mencionados. Terminada esta parte, la gente se fue ubicando en los lugares asignados ante las mesas, de acuerdo a su rango, para degustar del banquete que había dispuesto el

marqués en honor a Su Eminencia. En la mesa cabecera, el arzobispo quedó sentado entre el virrey y el marqués y enfrentado a Lucrecia Vernet y al general Garmendia, el militar responsable de la defensa de Lima.

El arzobispo se mostró locuaz y alabó todo lo visto y degustado desde su llegada. Al rato ya departían sobre temas referidos a España. Le solicitaron noticias sobre la patria, ya que los allí reunidos no habían viajado a la Península por lo menos desde el año anterior, y el dignatario hacía apenas dos meses que había regresado de allí. Después de que Su Eminencia evacuara tales requerimientos se entró en temas de política en general, y a partir de una alabanza sobre España dicha por el señor general, el arzobispo se sintió en el deber de replicar:

—España, querido general —comenzó diciendo con tono doctoral e imperativo, a pesar de su edad avanzada—, se me figura como una casa que fue magnífica y sólida cuando se la construyó a fines de mil quinientos, y continuó así durante un tiempo; pero hoy la vemos derruida, con grietas, con goteras en sus techos, con los pisos vencidos por las raíces de la maleza que la rodea.

Garmendia, sagaz como era, se percató de que estaba ante uno de esos conservadores que no se resignaban a la pérdida de los fulgores de los siglos idos; y dijo cortésmente:

—Alabo, como Su Eminencia, aquellos siglos pasados que edificaron la grandeza de nuestra nación; pero soy optimista en relación a nuestro futuro...

El arzobispo lo interrumpió:

—Haced memoria, removed vuestros conocimientos y pensad en el siglo dieciséis, en el que todo español era un gran soldado; en que España conquistaba el Nuevo Mundo, las islas de Asia, parte de África; en que sus ejércitos pisaban las comarcas más ricas de Italia, Alemania, Francia y Flandes, y

sus armadas surcaban todos los mares envidiadas por las de Inglaterra. ¿Hubo, posteriormente, universidad más prestigiada entre las del mundo que la de nuestra querida Salamanca?

El virrey se sintió tocado en su viejo oficio de soldado por las invocaciones militares del arzobispo, y terció en la conversación:

—Es verdad lo que afirma Su Eminencia en cuanto a nuestra gloria militar de antaño; no olvidemos que la bombarda, o sea la primera pieza de artillería, Europa la conoció gracias a España. Ahora no somos siquiera capaces de asediar con éxito a Gibraltar. Hasta los austríacos y piamonteses nos derrotan, como en la batalla de Campo Santo. Solo nos falta que nos echen de América como a perros sarnosos...

Esa última observación cayó mal ya que todos sabían que los revolucionarios se encontraban cerca. El general Garmendia se sintió en la obligación de refutar la última observación del virrey:

—Perded cuidado que eso no va suceder.

—Así lo espero —contestó el virrey.

Hablaron de guerras, batallas, diplomacia y cuadros de situaciones de todos lados; en círculos más estrechos, fuera de la mesa principal, se comentó el conflicto de poderes que se estaba dando entre el virrey Pezuela y algunos generales descontentos con la marcha de la defensa de Lima, entre los que sobresalía el general La Serna, curiosamente ausente de esa reunión. Tampoco se comentó nada sobre la cercanía del ejército comandado por San Martín y las incertidumbres que comenzaban a generarse. Parecía como si esa sociedad decadente quisiera ignorar el peligro que se cernía sobre ella, negándolo totalmente.

Rosa Campusano escuchó en detalle y apuntó en su memoria algunos datos, valiosos para el conocimiento de San Martín.

Delación y cárcel

De Mezy llegó tarde a su casa y con la cabeza pesada; había bebido y hablado mucho. «Ya no tengo veinte años», pensó, «y además no termino nunca de aceptar que me incomodan los encuentros sociales. ¡La situación política y militar se agudiza y yo ando divirtiéndome!».

A pesar de su estado, se sirvió una copa de su licor preferido. Por sobre su embriaguez, sentía una convulsión juvenil que lo incitaba a seguir bebiendo. La culpable de tal excitación era Lucrecia Vernet. Esa mujer había impactado en su corazón, produciéndole una sensación que hacía años no sentía. Venía escribiendo versos de amor como quien relata emociones de personajes existentes solo en la imaginación, y ahora presentía que su pluma volvería a estimularse con una belleza de carne y hueso; que su inspiración se potenciaría hasta alcanzar el paroxismo; que su poesía crecería como brotes surgidos de semillas sedientas. Esa mujer, que hasta esa noche no ocupara en él ningún casillero más allá de lo superficial de las relaciones tediosas de Lima, ahora saltaba

a niveles increíbles, al punto de llenar toda su mente, todo su corazón, confundiéndolo y embotándolo. Él conocía bien esa rara enfermedad que, cuando le llegaba, lo chupaba como una arena movediza; a veces imperceptiblemente, a veces de golpe. Nunca había logrado atraparlo para siempre la diosa Juno, pero amar había sido su profesión mayor.

«No es el vino el que me hace tambalear», se dijo mientras trataba de recuperar el equilibrio. Bebió en forma desesperada, como si la perspectiva de amar a Lucrecia produjera en él una angustia que, sin embargo, no tenía que ver con la posibilidad de un amor no correspondido, o los peligros posibles por desear a la favorita del fiscal De Osorio, sino con otra razón más profunda que no alcanzaba a descubrir.

Lucrecia formaba filas en el bando contrario. Pensó en los otros patriotas comprometidos. Se reprochó estar alentando un sentimiento amoroso cuando sus amigos estaban sumergidos en el peligro.

Volvió a su sillón de lecturas y se dejó caer pesadamente. Por entre la neblinosa racionalidad sintió la angustia que le producía su situación: poeta enamoradizo, en la madurez de su vida, sentíase vegetando en esa sociedad oscurantista; y lo peor de todo, sentía que estaba desperdiciando sus fuerzas. Él era un hombre de letras pero también de acción. No le bastaba hacer docencia subrepticia sobre lo que constituía su gran pasión: la revolución. Quería actuar, pero su responsabilidad, irónicamente, se lo impedía. Había hecho el juramento masónico y debía responder, hasta con su vida, por lo que había jurado. Seguiría haciendo de correo clandestino, a sabiendas de que si lo descubrían los españoles su vida no valdría un real.

Volvió a pensar en Lucrecia: esa mujer lo había conquistado con su sonrisa, con su mirada, con su cuerpo otoñal pero tremendamente sensual. ¿Cómo era posible que una mujer tan divina, se preguntó, fuese amante de esa bestia del fiscal?

Terminó rindiéndose al sueño, pensando en la Vernet primero y soñando después con ella.

De Mezy era hombre de ideas fijas, así que cuando despertó por la mañana, ya bien alto el sol, lo hizo pensando en aquella que lo había trastornado. No poseía la paciencia que correspondía a sus años, sino el impulso alocado de un efebo enamorado, de manera que su primer acto fue sentarse a escribir las siguientes líneas: «Estimadísima Lucrecia (el trato que tuviera con ella la noche anterior había sido del todo formal; apenas dialogaron junto a otros que ya ni recordaba; lo que sí no se le olvidaba era que había terminado recitando, a pedido de ella, una poesía de amor de su autoría, ante su sonrisa provocadora; por lo que ese encabezamiento era todo un atrevimiento que lo hacía gozar): Es una necesidad imperiosa para mí (iba a poner «para mi corazón», pero le pareció demasiado arriesgado) el poder veros hoy mismo. El motivo, que no me ha dejado pegar un ojo —mintió—, lo revelaré solo ante vos. Os suplico accedáis a este ruego, si es que no queréis cargar con la responsabilidad de mi pena y posible enfermedad».

Firmó y llamó a su criado, un viejo negro acostumbrado a servirlo desde hacía años en las cuestiones más insólitas, que vivía en un cuartucho en el patio de la vivienda del poeta; lo envió con la esquela y quedó, ansioso, aguardando la respuesta.

Lucrecia Vernet se sorprendió al leer la inesperada carta, pero luego de reflexionar un poco, recordando el encuentro de la noche anterior y la vehemencia con que el bardo le recitara el poema de amor, se sonrió divertida; sin duda que De Mezy quería tener una aventurilla con ella. La situación era graciosa y Lucrecia nunca rechazaba algo que la podía sacar del tedio en que vivía, y mucho menos si tenía que ver con su autoestima.

Escribió lo mínimo indispensable: «Sí, V.M. 18:30 horas. Mi casa».

A De Mezy le dio un brinco el corazón. Aguardó con impaciencia el momento de la cita. Se puso sus mejores ropas, entre ellas un chaleco gris que hacía resaltar un corbatín verde ajustado con un prendedor de oro; en los bolsillos lucía unas leontinas de igual metal; se perfumó con agua de verbena y ya listo y a tiempo, se dirigió a la casa de la Vernet. Lo perturbaba la posibilidad de que la señora recibiera visitas ese día y lo hubiera incorporado a él a la lista, aunque no era muy probable después de la fiesta de la noche anterior. Respiró aliviado cuando se percató, al entrar a la lujosa casona, de que no había reunión social esa tarde y que, presumiblemente, la Vernet lo recibiría en privado. Así ocurrió.

Acorde con su temperamento, De Mezy fue derecho al meollo de la cuestión que lo trastornaba y, al cabo de pocos minutos de monólogo, estaba declarando su apasionado amor. Lucrecia estaba divertidísima y espléndida; sonreía con su mirada y con toda su expresiva cara.

—Pero vuestra merced, ¿cómo podéis tener los sentimientos de los que habláis si apenas nos conocemos? —preguntó ella risueña.

—¡Mi corazón no sabe de tiempos! Responde únicamente ante las sensaciones que lo agrandan. En realidad os vengo amando desde el fondo de mi vida, desde que me hice hombre e imaginé a la mujer ideal. Anoche descubrí que esa imagen os corresponde; que mi calvario ha terminado porque os encontré, y al mismo tiempo ha comenzado porque os conocí.

De Mezy tomó la mano de ella y continuó desplegando toda su poética apasionada, mientras se la besaba ardorosamente. Lucrecia no retiró su mano; escuchaba complacida y halagada. Ella también era enamoradiza. Hacía años que le era infiel a su marido, siempre ocupado, siempre de viaje por misiones oficiales, y su relación íntima con el marqués De

Osorio sufría el deterioro que la rutina le había producido. Por lo que no le fue difícil al poeta rendirla a su corazón.

Se estableció así una relación apasionada, como era todo en la vida del poeta, no exenta de riesgos, ya que si el marqués llegara a sospechar algo, De Mezy podía considerarse hombre muerto.

Al principio él visitaba a su amada en la casa de ella, pero esos encuentros eran peligrosos dada la intensa vida social de la Vernet, quien recibía, aun sin aviso, a numerosas amistades y conocidos; a lo que había que sumar las visitas del mismísimo marqués en los horarios más insólitos. Por todo ello, decidieron alternar esos encuentros con otros en la residencia del francés, para los que la dama debió acostumbrarse a llegar embozada en una ruana a altas horas de la noche.

Así transcurrieron varias semanas. De Mezy estaba cada vez más enamorado. Lucrecia no sentía lo mismo, pero gozaba con la pasión que él le brindaba y, sin darse cuenta, con las contingencias temerarias que vivía; era como si lo resbaladizo del terreno que pisaba, la emoción ante el peligro, la excitaran cada vez más.

El amor desmedido del poeta generó su perdición. Queriendo salvar a su amada de las represalias patriotas que, estaba seguro, se avecinarían sobre ella por su colaboracionismo con el marqués De Osorio, ni bien entrara San Martín en Lima, le ofreció protección confesándole que tenía ciertas relaciones con los revolucionarios, aunque se cuidó de contarle su colaboración con la información que conseguía. La mujer disimuló su sorpresa. La fidelidad monárquica de la Vernet pudo más que el divertimento que le producía esa aventurilla, por lo que fingiendo aceptar la propuesta para ganar tiempo, corrió al encuentro del marqués para denunciar a De Mezy. Por supuesto que omitió confesarle a De Osorio sus íntimas relaciones con el poeta, circunscribiendo su historia a que el

medio francés le había declarado su amor junto a sus vinculaciones con los insurgentes. Al marqués esta confesión le cayó como anillo al dedo, ya que se la tenía jurada al poeta pero le faltaban razones para actuar de oficio. El fiscal no perdió tiempo y envió a sus alguaciles a allanar la casa de José de Mezy. Allí encontraron unos cuantos libros prohibidos y cartas y documentos comprometedores con la causa independentista.

El enamoradizo poeta fue a parar con sus huesos a los sótanos más oscuros de la Inquisición, en lo que era el edificio del Obispado.

En suelo peruano

San Martín y su alto mando recibían periódicamente de sus agentes secretos de la Logia, especialmente de la Campusano y De Mezy, informes en relación a que se había logrado crear un clima propicio para el ejército libertador entre el pueblo, y que en la aristocracia y el alto mando español no se tomaba nota del peligro que se les avecinaba. No era fácil hacerle llegar los informes al general embarcado, pero como la flota iba bordeando la costa, los espías encargados de transmitírselos disponían de rápidas chalupas a vela con las que llegaban a ella, facilitada tal labor por la falta de control español sobre el mar.

Cochrane fue evaluando los calados de las bahías y penínsulas en donde se hacía factible el desembarco del ejército. La costa peruana es bastante accidentada, con muchas playas arenosas y acantilados, ensenadas y morros, con limitadas pequeñas bahías, por lo que había que ser precavido para decidir el lugar adecuado para tarea de tal magnitud. Finalmente se eligió la bahía de Pisco, una de las más extensa y abrigadas, con un buen calado entre los islotes rocosos de la misma.

Desembarcaron sin contratiempos, no observando presencia enemiga. Primero lo hizo el jefe de Estado Mayor, Las Heras, con una división, y luego siguieron los demás. Ni bien se organizaron en tierra, Monteagudo le llevó a San Martín las dos proclamas que este le había encargado: una dedicada a los soldados y la otra a los pueblos del Perú. Ambas fueron impresas durante la navegación, en la vieja imprenta que habían embarcado en Chile. Cuando entró a la tienda de mando del general, encontró a su superior vomitando sangre en un balde. Se perturbó y amagó a retirarse, pero enseguida reflexionó y le dijo:

—General, ¿llamo al doctor?

Don José amagó a decirle que no con su brazo. Estaba transpirando.

—No es necesario, coronel. Esto ya es rutina en mí. Ya se me pasa.

Tomó de su mesa el consabido frasco con la solución de láudano y opio que lo calmaba. Tomó un trago.

—¿Qué me trae, coronel?

—Las proclamas que me encargó, general.

San Martín se secó la cara con una toalla, se sentó en la banqueta que tenía junto a la enclenque mesa improvisada como escritorio y tomó los escritos que le acercó su coronel.

La primera decía:

> Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino, y solo falta que el valor consume la obra de la constancia. Acordaos de que vuestro gran deber es consolar a la América, y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos. Los peruanos son nuestros hermanos: abrazadlos y respetad sus derechos como respetasteis los de los chilenos después de Chacabuco...

En la otra:

> El último virrey del Perú hace esfuerzos para prolongar su decrépita autoridad. El tiempo de la opresión y de la fuerza

> ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y de humillación...

—Están perfectas. Me gusta su estilo, coronel, desbordante y con cierta calidad poética.

A partir de entonces San Martín le encargó al tucumano que tomara a su cargo toda la propaganda revolucionaria, y que no le diera descanso a la vieja imprenta. Esta tarea venía a sumarse a las responsabilidades de guerra y de gobierno que ya se le habían conferido, pero a decir verdad, esta última era la que más le atraía.

Volvió Monteagudo a ejercer su viejo oficio, pero ahora en situación de lucha revolucionaria, con lo que su entusiasmo se acrecentaba. Una cosa era escribir artículos políticos en las oscuras redacciones de Buenos Aires o Santiago, y otra muy distinta redactar proclamas en el gabinete de una fragata llena de cañones y pólvora, o en la tienda de un vivaque de campaña esperando el combate.

Comentó al sargento que lo ayudaba en esa labor:

—¡No me importa tener que vérmelas con esa vetusta imprenta que me da más dolores de cabeza que alegrías! Pero se descompone a cada rato y no puedo editar ni la centésima parte de lo que necesito.

—Esto no sirve ya para nada, mi coronel; no perdamos el tiempo.

—No afloje, sargento —le respondió Bernardo dándole ánimo y dándoselo también a él mismo—. Nuestros soldados tienen desafíos más grandes que estos fierros y no desfallecen.

Y el sargento y los fierros no aflojaban. Seguían imprimiendo.

Lo importante era que ya estaban instalados en el escenario de la guerra. Durante los primeros días San Martín hizo explorar todo el terreno circundante; no se encontraron enemigos a la vista. De alguna manera se les facilitaban las cosas,

por razón de que los españoles se habían quedado atrincherados en sus fortificaciones.

Mientras se iban acostumbrando a la nueva situación, la noticia de la presencia de argentinos y chilenos se expandió por todo el Perú. Diariamente se incorporaban a las filas de San Martín numerosos criollos y también esclavos negros e indios, atraídos por la proclama que les prometía libertad e independencia. Los esclavos negros eran los herederos de aquellos primeros que se rebelaran en los molinos de azúcar de Diego Colón, el hijo del llamado «descubridor». Como aquellos de la temprana historia trágica de América, estos tampoco se resignaban; querían probar con su vida o con su muerte. Junto con el uniforme y el fusil, se les entregaba lo más preciado: la libertad, a cambio de luchar por la independencia de la patria. Los indios que se acercaban eran los hijos de los guerreros de Túpac Amaru, que como sus padres, preferían el despellejamiento a vivir en servidumbre y desprecio.

El virrey de Lima, evidentemente asustado al conocer el desembarco en Pisco, envió bajo bandera de parlamento a un oficial español, proponiendo un encuentro para dialogar pacíficamente.

—Vienen a pie —comentó San Martín a los oficiales que lo acompañaban a recibir al mensajero—. Señal de que vamos ganando.

Todos en el Estado Mayor se alegraron, porque esa actitud del enemigo presuponía debilidad e inseguridad de su parte. Les permitía, al aceptar parlamentar, ganar un tiempo precioso que aprovechaban los agentes de la Logia para sumar adeptos en las poblaciones, y los oficiales y suboficiales para recibir y adiestrar nuevos reclutas, poniendo en condiciones el parque y descansando luego de la tensa travesía.

El oficial español, un joven capitán, llegó a caballo, con su bandera de parlamento. Saludó militarmente a San Martín y

a su comitiva y dijo en voz alta que traía una nota del virrey para el general San Martín.

—Coronel —se dirigió el general a Monteagudo—, retire usted la nota.

Bernardo, presto, se dirigió al oficial español que ya le estaba entregando lo firmado por el virrey. Se la llevó a San Martín, quien la leyó circunspecto.

—Dígale, capitán, al general Pezuela que acepto su propuesta.

El oficial español saludó militarmente y se retiró.

La propuesta era concretar una conferencia en Miraflores, ¡a solo dos leguas de Lima!

Enviaron allí al coronel Tomás Guido y al secretario de Gobierno, don Juan García del Río; y por el enemigo participaron el doctor Unanue, el conde de Villar de Fuerte y el teniente de navío Dionisio Capaz. De esas conversaciones surgió un armisticio de ocho días, con el objetivo de buscar en ese lapso las razones para un convenio, ardid con el que jugaba don José para seguir ganando tiempo.

Mientras tanto en Lima, los patriotas, estimulados por la proximidad de los independentistas, incrementaban su labor revolucionaria, aprovechando la desunión entre los españoles, divididos en dos bandos: el del virrey Pezuela, absolutista, y el del general La Serna, liberal. En realidad, La Serna ambicionaba el cargo de Pezuela y obraba para desplazarlo. Pero además se daba la paradoja de que San Martín también era liberal; se conocía con La Serna y coincidían en el repudio al absolutismo real; la diferencia estribaba en que mientras La Serna quería una monarquía constitucional en España con América dentro de ella, San Martín pretendía una Hispanoamérica independiente de España.

Finalmente, La Serna, al frente de los militares, la mayoría liberales como él, obligaron a Pezuela a renunciar mediante

el llamado pronunciamiento de Aznapuquio, nombre de una pequeña localidad al norte de Lima donde se acantonaba la mayor fuerza militar realista. Inmediatamente, La Serna fue nombrado nuevo virrey y máxima autoridad militar.

Al cabo de los acordados ocho días, sin resultados de acuerdo entre los beligerantes, con gran alborozo las columnas de San Martín iniciaron sus movimientos. Se despachó al general Arenales hacia el centro del país, con dos objetivos concretos: difundir la revolución y arrastrar a parte de las fuerzas enemigas.

Comenzaron los triunfos patriotas: primero derrotando al coronel Quimper cerca de la ciudad de Ica; luego, al mismo jefe, en Nazca, donde sus tropas fueron acuchilladas por los soldados de los capitanes Lavalle y Brandsen. Cundió entonces el pánico y el desconcierto entre los 23.000 realistas en armas. Mientras Arenales continuaba su campaña triunfal, derrotando al brigadier O'Relly en Pasco, San Martín firmaba el decreto por el cual creaba la bandera nacional del Perú, y reembarcaba al resto del ejército para dirigirse al norte de Lima, creando así más desconcierto entre los españoles.

En el ínterin se siguió con la propaganda revolucionaria, sacando hojillas con información sobre la campaña en la vieja imprenta.

Se estableció el cuartel general en Huaura, provincia de Chancay. Allí, Monteagudo, en su carácter de secretario de Guerra, tuvo que encargarse de resolver una situación imprevista y peligrosa para cualquier ejército en operaciones: una epidemia debida al abuso de las frutas verdes y de la caña dulce.

—¡Puta madre! —dijo cuando el sargento le confirmó lo que ya presentía—. ¡Estos chinos de mierda se maman y se enferman!

—Estos chinos de mierda, mi coronel, son nuestros soldados luchando por la libertad —le respondió medio ofendido el sargento.

Bernardo se rio y abrazó a su ayudante:

—Sargento, ¡yo doy la vida por estos bravos de América! Vayamos a ver cómo resolvemos este problema.

En pocos días más de 1.100 hombres, casi la tercera parte de la fuerza, estaba enferma. Se armó inmediatamente un improvisado hospital de campaña y una comisión sanitaria. Pero la falta de remedios hacía estragos en la tropa. Le escribió a San Martín:

> La situación del hospital me aflige, tanto más cuanto que no hay medio de suplir las medicinas que faltan... Mueren los hombres porque no hay cómo curarlos, no por sus males... Ocurre ahora un nuevo mal que no está en nuestras manos el evitar; empiezan las lluvias o garúas y son bastante serias de noche; los galpones actuales, por más precauciones que se tomen, ya sea cubriéndolos de totora o con cueros, que sería muy costoso, no bastan para abrigar a los enfermos.

Por suerte acudieron en auxilio los patriotas de Lima, anoticiados por San Martín, trayendo, con muchos sacrificios y vicisitudes, una botica bien surtida, particularmente de tisanas adecuadas. La epidemia fue cediendo.



El armisticio de Punchauca

La llegada del capitán de fragata don Manuel Abreu a Lima, comisionado por el rey para promover, un tanto ingenuamente, «la transacción de las diferencias existentes en aquella parte de América… para entender en las negociaciones que se entablasen para la pacificación», según rezaba la nota de su presentación firmada por Fernando VII, le dio pie al nuevo virrey La Serna para proponerle a San Martín negociaciones sobre la paz. Esto le convenía a los patriotas, porque días sin confrontaciones le permitían al ejército revolucionario seguir sumando fuerzas, fortalecer a los combatientes convalecientes de la peste y organizar mejor la instalación militar en el Perú. San Martín, que a la sazón mantenía en Huaura su cuartel general, contestó a La Serna accediendo cortésmente a la invitación. El virrey propuso entonces la hacienda de Punchauca, situada cinco leguas al norte de Lima. Se acordó que participaran tres delegados por parte más un secretario sin voto. Por los patriotas fueron designados Tomás Guido, primer ayudante de campo del general; Juan García del Río,

secretario de Gobierno y Hacienda; y don Juan Ignacio de la Roza. Al cabo de los primeros intercambios, los argumentos de los godos fueron que esa junta que integraban carecía de autoridad suficiente para el reconocimiento de la independencia del Perú y sugirieron invitar a la transacción de las diferencias subsistentes por medio del envío a España de comisionados que debían entenderse con el gobierno real, proponiendo mientras tanto un armisticio que evitase los males de la guerra. Los diputados de los independientes empezaron por manifestar categóricamente que en el estado a que la marcha de los sucesos de la revolución había elevado el espíritu de los pueblos en aquella parte de América, no se podía iniciar negociación alguna que no fuese sobre la base de la independencia política. Los españoles se mostraron dispuestos a acceder a un armisticio para dar tiempo a negociar con Madrid y los patriotas les respondieron no estar dispuestos a celebrar un armisticio sin suficientes garantías. Al preguntar los diputados españoles cuál garantía consideraban pudiese conducir decorosamente a ese acuerdo, la respuesta fue proponer por única garantía admisible que el castillo del Real Felipe y las demás fortificaciones interiores del puerto de El Callao, artilladas y dotadas en el pie de guerra en que se hallaban, pasasen en depósito al Excelentísimo señor general don José de San Martín, para que fuesen guarnecidas sus tropas por el tiempo que durase el armisticio. Inesperadamente, accedieron los representantes realistas y allanado esto se firmó el 23 de mayo de 1821 el armisticio de Punchauca. El mismo establecía que la suspensión de armas estaba limitada a veinte días, prorrogables hasta llegar al fin propuesto, que no era otro que la independencia del Perú o un acuerdo final sobre la base de un gobierno compartido.

San Martín estaba eufórico; cuando sus delegados le informaron lo acordado, abrazó a cada uno de ellos con emoción.

—¡Ya hemos triunfado! —dijo—. Aprueben los militares españoles y el delegado real este acuerdo o no, que estén accediendo a nuestras demandas es signo de nuestra fortaleza. Vamos por buen camino sin necesidad de combatir. De todas maneras les confieso que La Serna y sus oficiales monárquicos no van a aceptar nunca entregarnos El Callao.

Del lado patriota quien se opuso al armisticio fue Cochrane, quien le escribió a San Martín que «el objeto del armisticio no podía ser otro que el de poner impedimentos a nuestros progresos, dando con ello tiempo a los generales españoles de reconcentrar sus tropas esparcidas, sin que la causa de la patria tuviese una ventaja correspondiente».

San Martín ignoró esta posición recurrente del jefe de la flota, de no negociar nada.

—Cochrane no entiende nada de tácticas de guerra —comentó don José a sus colaboradores.

Como bien supuso San Martín, del lado español, varios jefes militares influyentes se opusieron categóricamente y obligaron al virrey a que desistiese del arreglo al que se había arribado. Hubo una contrapropuesta realista que insistía en viajar a España a continuar las negociaciones con la Corte, lo que fue rechazado por San Martín, quien les dijo a los delegados del virrey que le llevaron esta propuesta que veía con pesar que, dentro de poco tiempo, no tendrían los españoles más recursos que tirarse un pistoletazo.

Descartada la posibilidad del armisticio, ante una superioridad militar patriota, las enfermedades que diezmaban ahora a las tropas realistas, la excesiva escasez de bastimentos que se experimentaba hacía tiempo, la falta de recursos para mantener y reemplazar las bajas del ejército, y la flor de los veteranos en los hospitales o en el sepulcro, llevaron a los realistas a la decisión extrema de evacuar Lima. ¡Un nuevo triunfo de San Martín sin tener que combatir!



Huida y reclusión en Jauja

Al marqués De Osorio la realidad lo golpeó como un cachetazo cuando se enteró de la decisión de las autoridades españolas de abandonar Lima, ante la inminente entrada de las tropas argentinas y chilenas y la imposibilidad de poder defender con éxito la plaza. El fiscal no se iba a quedar de ningún modo en la ciudad a merced de esos abajeños sedientos de sangre noble. Además, muchos patriotas peruanos se la tenían jurada. Abandonaba riquezas, familia, amante, su buen trabajo y pasar, y venganzas programadas como la pendiente de torturar y matar al poeta que tenía encarcelado. Pero su vida estaba primero, ante todo.

Iba pues camino al Cabildo a contactarse con el coronel Aguirre, quien prometiera incluirlo en las fuerzas realistas que se retirarían hacia las sierras. Tenía claro que, en las circunstancias que se estaban viviendo, lo único importante era conservar la vida y la libertad, para lo cual tendría que sumarse a las tropas del rey, única garantía, por el momento, de seguir conservando ambas. Ya llegarían los refuerzos necesarios

que les permitieran recuperar la ciudad perdida, los bienes y negocios y la vida placentera de antaño. También recuperar la Inquisición como institución, la que seguro los revolucionarios derogarían y destruirían. Para él no era lo mismo estar bajo las órdenes de La Serna que de Pezuela, con quien tenía una cierta amistad, pero dadas las circunstancias, eso no importaba tanto.

A medida que transitaba por la caótica ciudad, iba tomando conciencia del cambio brusco que se operaba en su existencia. Atrás quedaban los lujos y comodidades a que le acostumbrara la vida en medio del reconocimiento de una sociedad mundana integrada por nobles como él, por soldados y funcionarios profesionales, por cultos artistas, por altos dignatarios de la Iglesia; atrás quedaban también —rogaba que fuera por un breve tiempo— los besamanos y veladas sociales en las que él era, siempre, uno de los personajes importantes. Habría que olvidarse, por un tiempo, de exquisitos banquetes, bebidas generosas y amantes que alegraban su burocrática existencia. Pensó un momento en su esposa y en la Vernet, pero la realidad hacía que se preocupara más por su vida que por los demás. A las mujeres, los independentistas seguro que las respetarían. A Lucrecia que la protegiera su esposo. A su mujer vería cómo la contactaría hasta tanto lograra volver a juntarse con ella.

¿De qué le había servido ser uno de los hombres más poderosos del virreinato, alguien en quien confiaban el virrey y demás autoridades? ¿De qué le servía ahora ser un personaje reconocido en las mismísimas Cortes, si todo ese mundo corría el riesgo de venirse abajo?

¡No! ¡Decididamente no podía permitirse la desesperación o la rendición ante tales circunstancias! Se consideraba un baluarte de la gran España y no iba a permitirse derrumbarse. Pensó en su padre y en los valores que este le inculcara. Su

padre había sido uno de esos caballeros del siglo pasado, de aquellos que mantuvieran la grandeza de España contra viento y marea. Tenía que defender esos valores preservados de generación en generación. No habían combatido en vano su abuelo y su padre.

Mientras caminaba presuroso al encuentro de Aguirre, pensaba: «Estoy en América, a cuatro mil millas marinas de mi casa, de mis amigos, de todos mis afectos. ¿No valió el sacrificio de haber radicado mi familia y mis blasones en este continente salvaje? ¿No eran muestras de fidelidad al rey y a Dios mis renunciamientos a los lujos y placeres de la Corte? Yo soy producto de la gran España. Fui formado para servirla».

Recordaba cómo, durante su juventud, su espíritu de servicio y sueños de aventuras lo habían ayudado a asimilar con pasión los planes de reformas que el ministro conde de Aranda, gran amigo de su padre, expusiera a Carlos III. En aquel entonces compartía con Aranda la idea de ayudar a la emancipación de las colonias de la América del Norte, pero por el hecho de oponerse a Inglaterra. ¡Nada tenía que ver con eso la intención peregrina de querer emancipar las colonias de España! Por el contrario, estaba convencido de la justeza del plan de creación de tres monarquías independientes en América, bajo el gobierno de príncipes de la Casa Real.

Francia tenía pocas posesiones en el nuevo continente; en cambio España tenía muchas, y expuestas a las más terribles conmociones. Aranda concebía establecer tres infantes españoles en América, como reyes tributarios: uno en México, otro en el Perú y el restante en Costa Firme, tomando el rey de España el título de Emperador de todos los dominios. El conde le había prometido al joven De Osorio ser uno de los principales funcionarios que acompañarían al futuro rey del Perú, y para eso se preparó. Luego el proyecto no prosperó, pero cuando los fiscales Campomanes y Foridablanca

presentaron ante el Consejo Extraordinario, presidido por el propio Aranda, el famoso dictamen por el cual proponían reformas para promover el progreso de los dominios de ultramar, no dudó en aceptar un cargo en el Perú ofrecido por el conde. Hacia allí había partido con su joven mujer y un cúmulo de sueños por cumplir.

«¡Toda una vida sirviendo a Su Majestad y a Dios en esta escaldada tierra!», reflexionó con amargura. «Y ahora, ya maduro, sin padre ni conde amigo, siento que todo lo construido y logrado en América corre el peligro de írseme como agua entre las manos».

Ya no podía avanzar en coche; despidió a su servicial cochero, dándole una bolsa con monedas y diciéndole que quedaba liberado de sus responsabilidades, y se largó a caminar. Gente corriendo lo empujaba, huyendo hacia no se sabía dónde. Divisó la pequeña fortaleza llamada Santa Catalina, que con sus piezas de artillería y sus espaciosas casernas se plantara otrora como un símbolo del dominio de la Corona.

«¿Quedará ahora abandonada, a merced del saqueo de los criollos americanos?», se preguntó. Por suerte, las fuerzas realistas seguirían resistiendo en El Callao, lo cual era toda una carta de triunfo para cuando pudieran regresar a reconquistar Lima.

Al llegar a la plaza principal se vio inmerso en una multitud descontrolada, dominada por el miedo. No eran los pobres e indios de Lima los que por allí deambulaban, sino gente de la aristocracia, comerciantes, funcionarios, diezmeros, alcabaleros, aduaneros, y no pocos acaudalados financistas, todos en busca de protección, información o columnas militares a las cuales unirse para huir de Lima. Algunos carruajes, repletos de valiosos bienes y pasajeros, trataban infructuosamente de abrirse paso en medio de esa marea humana caótica. Sabía que muchos aristócratas habían optado por refugiarse en la fortaleza de El Callao, pero De Osorio desconfiaba de la resistencia

que desde allí se pudiese oponer a los independentistas. Algunos nobles amigos, al reconocerlo, intentaron interceptarlo para pedirle ayuda o consejo, pero el fiscal, aprovechando la confusión reinante los perdía adrede de vista; no se iba a complicar más de lo que estaba; lo principal era conseguir su salvoconducto. Cruzó frente a la fuente de cobre y dejó a un lado la iglesia de Santo Domingo; caminó por un costado de los puestos de venta de comestibles que, aunque ya vacíos, seguían hendiendo el aire con olores nauseabundos, especialmente de pescado podrido; pasó frente al palacio del Arzobispo, en donde se estaba produciendo un saqueo que no podían evitar varios curas escandalizados; cruzó luego a la altura de la Casa de la Moneda y se introdujo, por fin, en el palacio del virrey, un edificio enorme con varios patios interiores, alrededor de los cuales estaban las oficinas de la tesorería y de los ministerios de Guerra y del Interior. A las habitaciones de Estado se subía por una gran escalera de mármol. Allí dentro también reinaba el desorden: funcionarios que corrían de un lado al otro con pilas de documentos bajo sus brazos, soldados trasladando —váyase a saber hacia dónde— pesados arcones, y oficiales gritando órdenes que, aparentemente, nadie escuchaba. Recorrió las oficinas con desesperación. Veía en su andar frenético, sin prestar atención, la colección de los retratos de los cuarenta y cuatro virreyes que comenzaba con Pizarro y terminaba con Pezuela.

«Dudo que vaya a colgarse el retrato de La Serna», pensó con ironía.

Su odisea terminó cuando pudo localizar al coronel Aguirre.

—¡Querido marqués! Pensé que ya no llegaríais.

Intentó balbucear alguna explicación a la que el otro no le dio mayor importancia.

—¡Venid conmigo! Ya salió de Lima una división al mando de Canterac. Nosotros nos vamos con la división comandada en persona por el propio virrey. Nos juntaremos con Canterac en Jauja.

De Osorio recuperó parte de la compostura perdida cuando el coronel Aguirre lo introdujo en el círculo del Estado Mayor del virrey. Allí ya se sintió entre pares. Él no iba a transformarse en un combatiente —no tenía formación militar—, pero sí podría ser un buen consejero político.

La retirada fue a paso redoblado para la infantería. Junto a los altos oficiales y el virrey, iban a caballo, todos fuertemente custodiados.

Se estremeció en varias oportunidades en que tuvo que presenciar el fusilamiento de soldados que desertaban; si bien le producía repulsión ver fusilar a un español, aprobaba el hecho como una forma de preservar la disciplina.

Permanentemente eran hostigados por las montoneras de Arenales que, pegadas casi a la retaguardia, eliminaban o hacían prisioneros a cuantos se separaban del grueso de las columnas.

Continuó el éxodo y, en el camino, iban vengándose de los nativos que apoyaban a los sediciosos. Cangallo, Ulcamayo, Huailly, Zancas y otros poblados fueron arrasados. Las instalaciones de las minas de Pasco fueron destruidas.

Finalmente, con el virrey La Serna llegaron al valle de Jauja, en donde se unieron y concentraron junto a las fuerzas de Canterac y Carratalá.

El cuadro de situación de la guerra había cambiado considerablemente: Los españoles quedaron instalados en las provincias de las sierras, mientras los independentistas entraban en Lima.

El marqués De Osorio tuvo que acostumbrarse a la vida en campaña. Se resignó pensando que, a fin de cuentas, estaba vivo. Creyó en el optimismo del virrey, quien aseguraba que pronto estarían festejando el regreso a Lima y el retorno a la vida normal que disfrutaran hasta que llegaron los sediciosos.

Entrada en Lima

Mientras tanto, crecía el apoyo a la revolución entre las masas campesinas. Muchas montoneras se iban conformando para sumarse al ejército de liberación. La escuadra chilena bloqueaba los puertos. El enemigo se desmoralizaba y recibía golpes: un batallón de 800 plazas al servicio de los realistas, el Numancia, compuesto casi íntegramente por colombianos, se pasaba a las filas revolucionarias. El nombre del batallón era todo un símbolo, ya que recordaba aquel glorioso poblado ibérico que, comandado por su líder Viriato, opusiera tenaz y prolongadísima resistencia a los afanes conquistadores de los romanos. Monteagudo estaba convencido de que muchos «Numancias» y «Viriatos» florecerían en nuestra América.

Esto puso muy contento a San Martín, templó los ánimos y, como contrapartida, hizo cundir el desaliento entre los enemigos. A tal punto que no tardaron en aparecer las divisiones entre ellos; como un destino ineluctable, castigo de la historia, se repetía el drama de los Pizarro contra los Almagro, de los vascongados contra los castellanos en Potosí; estos

enfrentamientos hicieron que, una vez resuelto lo de Pezuela, La Serna se preocupara de unificar a todos sus oficiales en la única consigna de dar batalla hasta las últimas consecuencias; en realidad habían quemado las naves, figuradamente, como hiciera Cortés, y no tenían marcha atrás.

El ejército sanmartiniano ocupaba ya varios pueblos de Chancay, Huaura, Supe, Huacho. Monteagudo hizo traer la imprenta a Huaura, bajo protesta de su sargento ayudante, y desde allí comenzó a editar el Boletín del Ejército, con todas las noticias, bandos y proclamas atinentes a la campaña.

Habían liberado la zona con solo ocuparla y desplegar algunas escaramuzas; era necesario ahora conformar el gobierno civil. Discutió Monteagudo esta idea con San Martín, quien se convenció de la conveniencia política y militar de la medida. Preparó entonces el tucumano un documento que puso a su consideración y que el general aprobó entusiasmado. Su preámbulo decía:

> Encargado de restituir a esta vasta parte del continente americano su existencia y sus derechos, es un deber mío consultar sin restricción a todos los medios capaces de contribuir a esta grande obra. Aunque la victoria hiciera una estrecha alianza con mis armas, quedaría sin embargo un peligroso vacío en los empeños que he contraído, si no me anticipase a preparar los elementos de la reforma universal, que ni es posible perfeccionar en un día, ni es justo diferir enteramente bajo ningún pretexto...
>
> Sobre estos principios,..., se hace inevitable el cambio de la administración para no dejar en la incertidumbre y sin sistema a las autoridades, y expuestos los derechos particulares a los riesgos de una jurisdicción indefinida...; he resuelto establecer el siguiente Reglamento, usando de las facultades que en mí residen, y consultando el derecho que tienen los pueblos al establecimiento de aquellas reglas de que penden el orden y la seguridad general, el cual debe emanar en todas

> circunstancias de la suprema autoridad que existe de hecho, aun prescindiendo del derecho en que se funde…

Si bien estaba redactado en primera persona, para la firma del general, este invitó a García del Río y a Monteagudo a que suscribieran el documento con él.

De hecho quedaba declarada, aunque fuese parcialmente, la independencia del Perú.

Cierta noche antes de la retirada de La Serna de Lima, les llamó la atención a varios oficiales la contraseña que, para esa jornada, había impuesto San Martín: ante el requerimiento del centinela pidiendo santo y seña, había que responder: «¡Con días y ollas venceremos!». Por supuesto que todos cumplieron sin chistar con la orden, pero quedó la intriga sobre el sentido de la frase consignada. Tiempo después se aclaró el significado: lo de los «días» era entendible, ya que todos sabían que San Martín quería ganar tiempo, porque cada día que pasaba aumentaba el desconcierto y la desazón en las filas enemigas, y se sumaban fuerzas nuevas al ejército patriota. Pero, ¿lo de las ollas? Resultó ser que don José le hacía llegar sus mensajes e instrucciones al canónigo don Francisco Javier de Luna Pizarro, el principal informante en la capital, así como también al poeta De Mezy y a su amante Rosa Campusano, escondidos en el fondo de ollas y vasijas de barro cocido que un viejo quechua llevaba a Lima para su supuesta venta. Como un niño prorrumpió en risa San Martín cuando preguntó, primero, qué santo y seña se había utilizado en aquella jornada, y ante la extrañeza de sus oficiales, llorando de risa, explicó las razones de la consigna. Esta fue una de las tantas anécdotas risueñas que ayudaban a mitigar las grandes tensiones que se vivían.

Con los patriotas enfervorizados, y después de varias idas y venidas, de intentos de negociaciones del enemigo que, por

supuesto, no prosperaron, La Serna decidió abandonar Lima a su suerte y salir a combatir a las sierras.

Los acontecimientos seguían sucediéndose a favor de San Martín, aún sin grandes batallas. Lima quedaba pues a su merced.

Monteagudo le escribió al Director de Chile sobre las buenas nuevas, agregándole: «Es preciso confesar que hasta aquí todo se ha hecho con la pluma».

Se preanunciaban grandes sucesos

San Martín estaba jugando una partida de ajedrez con un suboficial, en su tienda, cuando le avisaron que La Serna se había retirado de Lima. Ni lerdo ni perezoso, envió dos parlamentarios con bandera blanca y corneta para tratar con las atribuladas autoridades que quedaron al frente de la ciudad las condiciones para la entrega. Se acordó que las tropas sanmartinianas ocuparan Lima para protegerla. Como una nueva Granada morisca, Lima les abría sus puertas para que la poseyeran.

Bajo un azurado cielo entró la primera división, ante la algarabía de los patriotas limeños, quienes irrumpieron espontáneamente en las calles sin importarles que los españoles los identificaran, a abrazarse con sus libertadores. Por el contrario, los españoles pispeaban por las ventanas y no se animaban a salir, temerosos de represalias.

San Martín había establecido su cuartel en Mirones, a mitad de camino entre Lima y El Callao, como una señal de disuasión hacia una parte de los realistas que se habían refugiado en dicha fortaleza.

Todos los patriotas limeños querían conocer y saludar a San Martín; fueron horas preocupantes para los integrantes de la custodia personal del general, quienes no podían impedir los contactos personales de este con la gente.

Un cierto descontrol se vivió cuando el pueblo, con sus justas razones, se dedicó a destrozar los bustos y escudos con las

armas reales. En varios lugares apareció la inscripción «Lima independiente».

¡Por fin estaban en Lima, cumpliendo con un sueño largamente acariciado en las reuniones en Santiago! ¡Lima, el símbolo del poder realista en el corazón de América, estaba en poder de peruanos, argentinos y chilenos! Lima: la bella, la deseada, se les ofrecía como una flor que se abre ante los rayos de luz del nuevo día.

Los recién llegados debieron aceptar las muestras de agradecimiento del pueblo, que los recibía como sus libertadores.

Monteagudo pudo apreciar a las hermosas limeñas, de las que tanto le hablaran oficiales peruanos amigos, las que se arrodillaban, lagrimeando, ante el comandante en jefe. Observó —y le conmovió— a rudos paisanos balbucear sus reconocimientos ante un incómodo San Martín.

Mientras esas manifestaciones seguían su curso, aprovechó el tucumano para calmar una ansiedad alimentada durante mucho tiempo: la de conocer Lima, la Perla del Pacífico. Se escabulló como pudo, y como ese día andaba vestido de civil, pudo caminar sin que le importunaran. Admiró sus casas blancas de rejas caladas, tanto como el antiguo palacio de los virreyes; caminó por la alameda del Acho y descubrió asombrado el famoso río Rimac. Se paró en el centro de la Plaza de la Inquisición —el más siniestro símbolo de la represión en aras de la defensa de la fe y del orden establecido—, imaginándose a esas pobres víctimas caídas en desgracia por el hecho de pensar distinto y de leer los libros prohibidos.

Pudo ver cómo pobladores de distintos barrios se llegaban hasta la fuente dorada para llenar sus cántaros con agua fresca y cristalina. Admiró el Claustro de San Marcos, el convento de San Agustín, la famosa Catedral, las callejas de los mercaderes —ámbito adecuado para un comercio floreciente—, la Plaza de Toros y el comienzo del Camino Real.

Había vivido en varias ciudades hermosas, pero aquel día se enamoró definitivamente de Lima; y ansioso estaba, después de tantas penurias, de enamorarse también de alguna garbosa limeña.

Defensa de Lima y gobierno revolucionario

Estaban en Lima, y desde allí apenas dominaban menos de la mitad del territorio. Habían tenido que abandonar la campaña en las sierras y en las costas del sur, y desde la inactividad en Lima el ejército miraba con recelo la fortaleza de El Callao, en donde seguía atrincherada una fuerza enemiga de dos mil hombres.

A San Martín le preocupaba la inacción de los dos ejércitos que comandaba, el argentino y el chileno, ambos plantados en esa tierra liberada (el ejército peruano todavía era un embrión de fuerza armada), pero desplazados de sus respectivos terruños y sin contacto ni control de sus propios gobiernos. Al atenerse exclusivamente a sus mandos militares y sin acciones de guerra concretas, deambulando entre los vivaques establecidos, las tropas se volvían proclives al desorden de la anarquía.

Lo que sí contribuía a mejorar la correlación de fuerzas a favor de los independentistas era el constante reclutamiento de patriotas limeños, a través de la logia que su eficiente ministro

Monteagudo constituyera a imagen de la de Buenos Aires, así como la también reciente Sociedad Patriótica de Lima.

Al gobierno del Protectorado de San Martín no le iba a ser fácil gobernar el Perú, y menos aun cuando no habían completado la derrota definitiva de los realistas.

Don José leía un informe de sus servicios de inteligencia mientras tomaba mate junto a su colaborador, el general Alvarado, cómodamente instalados en un salón del palacio de los virreyes en donde habían constituido el Estado Mayor y el Gobierno. Rudecindo Alvarado era un veterano guerrero en la guerra por la independencia: había participado en los triunfos de Tucumán y Salta bajo el mando de Belgrano, y ya con San Martín, estuvo al mando de las fuerzas que terminaron de liberar Chile con el triunfo en la batalla del Biobío. En esos momentos era el jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo.

—La Serna se está preparando para caernos con tres mil hombres —le leyó don José a su subalterno.

—Deben sufrir la pesadilla de tener que liberar El Callao.

—La Mar, allí dentro, debe rezar para que vengan rápido a socorrerlos. Les quedan pocos víveres.

—Y no deben dormir por la actividad nocturna de nuestros obuses —rio Alvarado.

—Pero no subestimemos, general, la tropa bien apertrechada y el armamento que tienen. Además de un comandante capaz.

—¿Conoce usted a La Mar? —preguntó Alvarado mientras le pasaba el porongo a don José.

—Lo conozco desde mi época de formación como oficial en el ejército realista. Es muy buen jefe, un liberal y un caballero de honor. ¡Ojalá pudiéramos reclutarlo para nues-

tra causa! Pero primero deberemos vencerlo —agregó San Martín entre sonrisas, mientras devolvía el mate lavado a su asistente. Repentinamente evidenció en su rostro un intenso dolor y de inmediato tomó un trago del frasco que siempre llevaba consigo. Alvarado se percató y le dijo:

—General: ¿el mate no le hace mal?

—Descuide, Alvarado. Esto se debe a un trastorno digestivo de vieja data. Ya pasa.

El virrey había designado al general Canterac para la misión de liberar El Callao. Mientras La Serna se acantonó en Jauja, Canterac volvió a cruzar los Andes, esta vez de oriente a occidente, dirigiéndose a Lima.

Una noche en que San Martín estaba en el teatro, asistiendo a una obra de gran popularidad, junto a muchos de sus oficiales y gran parte de la aristocracia que se mostraba neutral o amiga de los independentistas, más algunos patriotas del pueblo de Lima, recibió de parte de su asistente Guido la noticia de que una invasión realista se acercaba.

Sin titubear, el Protector, desde el palco de honor en que se encontraba, con voz potente hizo interrumpir la obra para arengar a los allí reunidos:

—¡Pueblo del Perú!: me anotician que los realistas han bajado de las sierras y se acercan a Lima, presumiblemente para recuperar la ciudad.

Se desparramó un susurro de sorpresa y temor.

—¡No temamos, tenemos la fuerza y la voluntad de ser independientes! ¡Tened la seguridad de que nunca seremos testigos de nuestra desgracia!

Una ovación, arrancada por los oficiales allí presentes y correspondida por el público, le contestó.

—¡Vayamos con serenidad a organizar nuestra resistencia!

Espontáneamente comenzó a cantarse, entonada de arranque por los oficiales y enseguida acompañada por todos, la nueva canción patriótica decretada por el Protector, que ya se había puesto de moda.

Una vez en su despacho, en una fría noche de septiembre, rodeado de todo su Estado Mayor y los ministros de gobierno, San Martín les leyó la siguiente proclama, dirigida al pueblo de Lima, escrita de apuro minutos antes:

> ¡Los bravos que libertaron a Lima sabrán preservarla del furor del ejército español! ¡Mis tropas no os abandonarán! Vamos a triunfar de ese ejército que viene sediento de sangre y de propiedades, o a perecer con honor. Unión, tranquilidad y eficaz cooperación es lo que necesito para asegurar al Perú su felicidad y esplendor.

El objetivo primero era levantar el ánimo de los peruanos y de la tropa argentino-chilena. A eso contribuyó también el gobernador civil Riva Agüero, reconocido tribuno entre las masas populares.

Se dispuso que las murallas fueran defendidas por los elementos del pueblo dispuestos a participar, reservando la defensa de las portadas de entrada a la ciudad a los oficiales más veteranos. El ejército argentino-chileno-peruano de 4.800 hombres se parapetó a tres kilómetros de Lima. Tan bien eligió San Martín el lugar donde aguardar al enemigo, que el propio Canterac, en cuanto llegó con su fuerza, reconoció inatacable dicha posición. Por tal hecho se retiró, en una decisión estratégicamente errónea, para introducirse en El Callao.

San Martín, observando con su catalejo desde su posición de vanguardia, dijo con un dejo de satisfacción a Las Heras:

—¡Están perdidos! No tienen víveres para todos allí dentro. Dentro de ocho días deberán rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas.

Las Heras lo miró con sorna y le contestó:

—Preferiría lo segundo, así nuestros hombres entran un poco en acción.

Cuando La Mar observó que Canterac entraba a El Callao sin víveres, se dio cuenta de que estaban perdidos. Las raciones existentes apenas alcanzaban, racionadamente, para los que allí estaban.

A los pocos días comenzaron a sentirse las privaciones: empezaron a comerse las mulas de carga para luego entrar a sacrificar cabalgaduras. Todas las noches se producían deserciones. En apenas dos días se pasaron a los independientes ocho oficiales y doscientos soldados. Esa era una sangría que se estaba transformando en imparable. La situación no daba para más. Canterac consultó a sus jefes y oficiales; una mayoría votó por retirarse. Si tenían que combatir para poder ganar las sierras lo harían, y si podían lo evitarían, pero quedarse en la fortaleza era aceptar que tarde o temprano tendrían que luchar igual, con el agravante de tener que hacerlo exhaustos, hambrientos y sedientos.

Las fuerzas de San Martín, como estacas, seguían aguardando al enemigo, en formación; parecía, visto de lejos, que nadie se movía de su puesto de combate, aunque estaban bien organizados los relevos para que la tropa descansara por turnos.

Finalmente Canterac salió con todas sus banderas desplegadas, como si fuera un desfile, con sus tambores y chirimías entonando música marcial; astutamente desvió dos divisiones ligeras amagando que iban a atacar a los patriotas, mientras el resto de su ejército se ponía a salvo retirándose hacia el norte.

San Martín lo observaba desplazarse con beneplácito. Era un triunfo completo: dejaba El Callao, dolor de cabeza de los últimos meses, a merced de los independentistas; Canterac se retiraba sin dar batalla, con un ejército diezmado, desanimado, derrotado en su misión, dejando jirones en cada tramo a

recorrer, producto del acoso a su retaguardia por parte de las fuerzas de Las Heras.

Sin disparar un solo tiro, solo faltaba esperar que La Mar aceptase la rendición incondicional para recuperar la inexpugnable fortaleza de El Callao. San Martín ordenó:

—¡Coronel!: llévele a La Mar mi intimación a su rendición, bajo mi promesa de un trato honroso a su guarnición y respeto y libertad a la población civil allí alojada.

Finalmente, La Mar aceptó la suspensión de las hostilidades y la rendición sin condiciones. Se estipuló que la guarnición saliera de la fortaleza con todos los honores de la guerra, dos cañones y bandera desplegada. Los generales, jefes y oficiales se restituirían a España y mientras tanto se les permitiría seguir usando sus uniformes y espadas.

El 21 de septiembre de 1821 se izó la bandera peruana en El Callao, último baluarte del rey de España en Sudamérica.

San Martín y La Mar, después de saludarse militarmente se dieron un abrazo amistoso.

—Me hubiese gustado, general —dijo La Mar—, saludarle en otra circunstancia más acordes con la sociabilidad de nuestra vieja amistad.

—Esta circunstancia es tan válida como la que vos añoráis —contestó don José—, para saludar la recuperación de un amigo.

—Así será, general. Mi intención es retirarme a la vida privada. Le haré llegar a Su Excelencia el virrey mi renunciamiento a mi grado militar y a mis honores.

—Vos sois americano como nosotros. Respeto vuestro retiro, aunque anhelo que más adelante os incorporéis a nuestra causa.

En efecto, La Mar se incorporaría mucho antes de lo que se imaginaba don José, ya que una vez fuera de escena del Perú el Protector, La Mar fue convocado para presidir una Junta Gubernativa en Lima.

El éxito logrado por San Martín contra Canterac, sin disparar un solo tiro, le trajo un aumento de su popularidad entre el bajo pueblo, pero no así en el ejército, que no entendió por qué dejaron escapar a los realistas; ni entre los peruanos patriotas, que conspiraban contra su autoridad desde un posicionamiento nacionalista. El comandante de la flota patriota, Cochrane, no ocultaba sus críticas al respecto.

A sabiendas el Protector de que tarde o temprano debía transferir el poder a los peruanos, comenzó por las fuerzas armadas: creó la que llamó la Legión Peruana, integrada exclusivamente por peruanos y conformada por un regimiento de infantería, al mando provisorio del sargento mayor Guillermo Miller, un británico enrolado en la causa de la independencia americana; y otro de caballería conducido por Federico de Brandsen, otro europeo al servicio de la independencia, en este caso de nacionalidad francesa; a estos regimientos sumó una compañía con cuatro piezas de artillería.

El gobierno del Protectorado, en primer lugar expropió bienes de españoles y americanos contrarrevolucionarios. Realizó reformas importantes en relación al régimen colonial imperante; organizó la hacienda pública y el sistema de comercio con nuevos criterios. En cuanto a los indígenas, les otorgó la ciudadanía, abolió el servicio personal, los repartimientos y las encomiendas y mitas, así como los tributos que les imponían las anteriores autoridades. En relación a la población negra, bastante numerosa (40.000 personas), decretó la libertad de vientre y la emancipación de aquellos esclavos que tomasen las armas en defensa de la independencia. Fundó la Biblioteca Nacional, creó escuelas, se declaró la libertad de imprenta, la inviolabilidad de los domicilios y se abolieron los tormentos. Se dictó un nuevo Estatuto Provisional que el Protector juró públicamente, empeñando su honor en cumplirlo hasta que una vez independizado todo el territorio se

convocase un Congreso General que estableciese la Constitución permanente. Para mejor gobernar provisoriamente, San Martín creaba un Consejo de Estado. Siguieron otras medidas para el buen gobierno, pero ya la cizaña contra don José, a quien acusaban de querer proclamarse rey, hacía efecto entre peruanos y el Ejército Unido. Su eficiente ministro Monteagudo comenzaba a ser blanco de duras críticas, las que en realidad eran una respuesta a su labor revolucionaria a fondo que tocaba diversos intereses de esa sociedad. Pocos eran los que lo apoyaban; eran incondicionales del ministro, pero entre ellos eran contados los peruanos; y muchos no lo hacían por temor a las represalias de los desaforados.

Conflicto con el almirante Cochrane

Para sumar problemas, algunos trascendidos entre militares hicieron que San Martín se diese cuenta de que su ejército ya no le respondía incondicionalmente. Comenzó a meditar la resolución de separarse de la vida pública. Y como dice el refrán, «sobre mojado llovido», comenzó a agravarse su relación con Cochrane, la que ya venía deteriorada. El atrabiliario almirante, jefe de la escuadra, no había asimilado del todo el que no fuese él la máxima autoridad militar de la expedición al Perú. A partir de que el gobierno de Chile lo contratara, seguía pensando que tenía méritos y conocimientos de guerra superiores a los de San Martín como para haber estado al frente de la invasión al reducto realista en el Perú. Thomas Cochrane, conde de Dundonald, había servido en la marina británica contra España y luego contra Francia, y por sus triunfos en el mar fue apodado por los franceses «El lobo de los mares».

Su vanidad lo desestabilizó cuando al leer la medalla conmemorativa de la independencia del Perú, en ocasión de

jurarse dicha independencia, constató que se atribuía toda la gloria de hecho al ejército de tierra, ignorando a la marina y, sobre todo, obviando su propio nombre. El general en jefe no tuvo más remedio que darle la razón por la omisión. A partir de allí, Thomas Cochrane profundizó su rencor hacia el Protector. Comenzó a acentuar sus reclamos por los sueldos y gratificaciones adeudados a la escuadra, amenazando con la sublevación de las tripulaciones de sus navíos. Le envió una nota a San Martín que rezaba: «Es a mí a quien compete, como oficial de Chile, y por consiguiente el más caracterizado para representar la nación, pedir se cumplan todas las promesas hechas a Chile y a la escuadra».

San Martín le contestó:

> He ofrecido a la tripulación de la marina de Chile un año de sueldo de gratificación, y lo cumpliré… Pero no habiendo yo prometido pagar lo que le corresponde al gobierno de Chile, no existe de mi parte obligación alguna. Supongo justo, en la escasez del erario de Chile, se le indemnicen de algún modo los gastos expedicionarios, lo que será para mí una agradable atención; pero de ningún modo reconoceré el derecho de reclamarme los sueldos vencidos. En cuanto a la escuadra, puede usted llevársela adonde guste y marcharse cuando quiera; con un par de bergantines tengo bastante.

Poco después San Martín cumplió y satisfizo la gratificación prometida, pero el conflicto entre ambos no se superó.

Al poner la ciudad en estado de guerra cuando el enemigo se aproximaba, San Martín tomó la precaución de salvaguardar los caudales de la Tesorería y los valores de la Casa de la Moneda en un buque anclado en Ancón, permitiendo también que se trasladase dinero de los particulares. Cochrane, cuando se enteró, sin dudarlo se apoderó por la fuerza de todos los valores pertenecientes al Estado y a los particulares.

Con ironía remitió un recibo por todo lo secuestrado, informando que se cobraba así todos los sueldos de los marineros de la escuadra. Escribió:

> Me es sensible que la necesidad imperiosa me haya obligado, para impedir una sublevación y la pérdida total de la escuadra, a satisfacer a los marineros… El mal de la necesidad es grande, pero un motín y la pérdida de los buques hubiesen sido mil veces peores.

Si bien el gobierno se mantuvo firme en reclamar la devolución de los valores sustraídos, la cosa no pasó a mayores mientras el enemigo llegó y se refugió en El Callao, dado que la flota chilena siguió cumpliendo con su misión de bloquear y asediar la fortaleza. Mas cuando los realistas se retiraron hacia las sierras, San Martín expidió una proclama a los marineros confirmando la distribución del dinero sustraído como paga de los sueldos adeudados, para evitar que el almirante decidiera darle otro destino al mismo, y le ordenó a Cochrane que se retirase inmediatamente con su escuadra de las aguas del Perú y fuese a dar cuenta de su conducta al gobierno de Chile. El inglés terminó retirándose con su escuadra, pero no para poner rumbo a Chile sino en pos de las fragatas *Prueba* y *Venganza*, que habían servido a la guarnición de El Callao, y del buque mercante *Alejandro*, naves españolas que prometían un rico botín. Con esa actitud demostró que era un vil corsario al servicio de sí mismo.

El Director de Chile, Bernardo O'Higgins, en su correspondencia con San Martín le confesaba: «Yo he tenido que humillarme ante los jefes británicos con tal de conciliar las locuras sobre la necesidad de guardar moderación y tino en lo que a él toca». Y ante el pedido del Protector, irritado y exigiendo poner a Cochrane fuera de la ley, su amigo lo calmaba:

> De ningún modo conviene poner a Cochrane fuera de la ley, porque entonces apoyándose en cualquier provincia independiente, enarbolaría nueva insignia, nos bloquearía los puertos, destruiría el comercio y uniría sus intereses a los de los comerciantes extranjeros…

La conducta de Cochrane fue un nuevo golpe al estado de ánimo de San Martín. Los problemas y reveses aparecían en sus propias fuerzas, y eso cansaba más que las situaciones que producía el enemigo. Para colmo, se sumó la negativa de toda colaboración de Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia, contestando una carta suya de pedido de ayuda a Buenos Aires. Los porteños no le perdonaban no haber acudido con su ejército, en su momento, para combatir contra los caudillos del interior. Particularmente, Rivadavia le había hecho la cruz desde que, junto a la Logia Lautaro, lo habían destituido junto al primer Triunvirato. Paradójicamente, los realistas no lo podían derrotar, pero el fuego amigo mellaba su voluntad y capacidad de mando. Realmente sentía un gran cansancio, al que se sumaban sus males físicos. Comenzó a pensar en Simón Bolívar como una tabla de salvación a aferrar en ese mar embravecido.

De Mezy es llamado por Monteagudo

Hubo alguien que logró superar la barrera casi infranqueable de la confianza del ministro Monteagudo, y ese fue el medio francés José de Mezy, gracias a que aquel quiso conocerlo al enterarse de que el poeta había servido de informante de San Martín. De Mezy había sido liberado de su encierro en la Inquisición por las fuerzas patriotas que llegaron a Lima.

Lo primero que hizo cuando estuvo libre fue tratar de ubicar a Lucrecia Vernet. Tenía necesidad de disipar la duda que lo atormentara durante su encierro: ¿Había sido ella la que lo delatara? Grande fue su congoja cuando un criado de los Vernet que quedara al cuidado de la mansión familiar, le confesó que Lucrecia y los suyos se habían ido tras la pista del virrey fugado.

—Ella es bien monárquica —le dijo el negro criado con cierto tono socarrón, como queriéndole decir: ¿qué puede esperar de ella?

El poeta ya había descartado la posibilidad de que algún otro lo hubiese marcado. En realidad, en su fuero íntimo sabía

que la única persona que podría haberlo delatado era ella, pero alentaba la posibilidad de que Lucrecia lo convenciera de su inocencia. No tuvo más remedio que reconocer la realidad de los hechos. A partir de allí se reprochó fuertemente el haberse franqueado con ella, violando los códigos a los que se comprometiera bajo juramento cuando ingresara en la logia. «Deberían fusilarme por esto», pensó. Solo lo aliviaba el saber que el único perjudicado por su insensatez había sido él mismo, sin comprometer a ningún compañero; las cartas y documentos que los esbirros encontraran en su vivienda eran viejos y ya no involucraban a nadie que estuviese vivo; sus actuales contactos con los independentistas no corrían peligro.

Lo vino a salvar de sus culpas y angustias la citación que le enviara el ministro Monteagudo.

Bernardo lo recibió afectuosamente con un exquisito vino de Málaga, no fácil de conseguir en esos tiempos si no fuera por las confiscaciones.

—Quiero felicitarlo, don José —le dijo Bernardo al darle la mano—, por todo el aporte que ha hecho a la causa revolucionaria.

—Para mí fue una obligación —contestó De Mezy—. Me considero un libertario.

—Cuando me enteré de vuestras actividades, ya que yo no sabía nada, eso lo manejaba directamente San Martín, me llamó la atención la importancia de las informaciones que nos hacía llegar. ¿Era numeroso el equipo que trabajaba en esto?

—No, éramos pocos, no más de cinco o seis —contestó el poeta—. Rosa Campusano y yo conseguíamos informaciones vitales en el seno de la aristocracia limeña estrechamente vinculada al poder; luego, dos compañeros estaban infiltrados entre los soldados españoles, y un par más encargados de hacer llegar los mensajes al general.

—Conocí a la Campusano —dijo Monteagudo—. ¡Hermosa mujer! Íntima amiga del general.

Se miraron con sonrisas cómplices; ambos sabían que esa patriota era algo más que íntima amiga de San Martín.

—Y muy valiente —agregó De Mezy—. Pensad que se codeaba con los más altos personajes del virreinato, lo que le valía conseguir información valiosa, y nunca tuvo reparos en entregarla, aunque sabía que corría peligro al hacerlo.

—Además quiero felicitarlo —agregó el ministro— por ser parte de los últimos presos de esa institución nefasta que fue la Inquisición. La revolución dio por tierra con ella.

No costó nada para que rápidamente intimaran, ya que ambos poseían idéntica sensibilidad para la política, las artes y las letras. Comenzaron a encontrarse con la frecuencia que las obligaciones del ministro le permitían. Cuando eso sucedía podían pasarse horas comentando sobre los clásicos romanos Tácito, Plinio, Suetonio, a quienes ambos habían leído bien; recorrer la historia de la Península Ibérica en el saber del padre Mariana, y especialmente la de América en Solís y Garcilaso. Los dos eran apasionados de Cervantes, Quintana y Olmedo, aunque De Mezy no perdía oportunidad de denostar las bibliotecas castellanas y mostrar su admiración por los autores franceses. Claro que el poeta no encontraba en Monteagudo oposición a dichas preferencias.

No era la de los libros su única debilidad; a ella había que sumarle la atracción compartida por el bello sexo. Bernardo, en algunos saraos picantes en los que corría generosa bebida fuerte, le presentó a su nuevo amigo varias damas que se destacaban por su hermosura, su adhesión a la causa independentista y también por la osadía en cuestiones de relaciones con varones. De alguna manera, el argentino pretendía hacerle olvidar al poeta su frustrado amor con la Vernet. Cuando no se encontraban con las damas en saraos, lo hacían en el paseo

de la Alamedita nueva, en donde gozaban de caminatas que terminaban en la Plaza de Toros o en los baños de Antaza. Los varones lucían sus elegancias llamativas: el coronel no era muy amigo de portar su uniforme de la patria, salvo estando en campaña. Solía vérseles en frecuentes tertulias vestidos de frac —color oliva el del coronel, azul oscuro el del poeta—, chalecos de paño anteado, finos corbatines al tono y ceñidos pantalones que culminaban en ricas medias de seda y zapatos con hebillas de plata. El argentino completaba su indumentaria con una gruesa cadena de plata del Potosí que cruzaba su pecho y terminaba en un reloj de tapas de igual metal, alojado en un bolsillo del chaleco. Tanto ejercían la delicadeza y agudeza en sus pláticas con las damas, como temperamento y razones fuertes en las conversaciones con los hombres; en estos últimos casos, no pocas veces terminaban en acaloradas discusiones. De Mezy se lamentaba de que ya no se hicieran las famosas veladas literarias —y así se lo comentaba a su nuevo amigo— que se ofrecían antaño en las residencias del oidor Orrantía y del marqués de Villalta.

—Los dos truhanes se escaparon con el virrey —le respondió Monteagudo.

—Pero os aseguro que eran encuentros que valían la pena. Yo les recitaba la poesía de Osián y, de paso, cuando el vino les soltaba las lenguas, lograba conseguir buenas informaciones.

Monteagudo se reía de las ocurrencias del poeta, pero en el fondo admiraba a ese personaje un poco frágil físicamente, pero un gigante en los resultados que lograra al servicio de la revolución.

Guayaquil

Se había instalado una especie de equilibrio de fuerzas en esa guerra en el subcontinente. Los ejércitos realistas se mantenían en Quito y en parte del Perú. En esta última región, expulsados de la costa, perdida su principal fortaleza, se reorganizaban en las sierras. San Martín, tratando de superar su depresión, decidió pasar a la ofensiva y envió una división a ocupar el valle de Ica. Allí se produjo una derrota total a manos de los españoles comandados por Canterac. Como contrapeso en ese equilibrio inestable, el Ejército Unido, integrado por fuerzas de Colombia, Perú, Chile y Argentina triunfaba en Quito, terminando así la guerra en esa parte del continente meridional.

A esta altura de los acontecimientos, urgía ponerse de acuerdo con Simón Bolívar para aunar esfuerzos en la última etapa de la guerra…

La goleta *Macedonia*, con su bandera peruana flameando altiva sobre el palo mayor, quedó anclada en el fondeadero del

puerto. El mar allí estaba calmo, como dándose un respiro entre tanta guerra. La noche se había instalado con su clima suave. San Martín subió ansioso a cubierta para tener una primera visión de la ciudad en la que lo aguardaba el Libertador Simón Bolívar. Por sobre las construcciones portuarias apenas percibidas, se preveía el resplandor del Guayaquil colonial. San Martín aspiró el aire del lugar. Se sintió reconfortado y en disposición de encarar el encuentro con el otro jefe que tenía Sudamérica. Por fin iba a conocer a Bolívar, aunque le hubiera gustado que hubiese sido en otras circunstancias, no tan complicadas como las que ahora estaba padeciendo.

No llegaba a Guayaquil en las condiciones políticas y militares que hubiese deseado; en Lima los sectores acomodados —nobles españoles y algunos criollos— conspiraban contra su gobierno, al punto que no sabía si a su regreso encontraría en funciones a sus mejores colaboradores, como Monteagudo, el que era acusado de «mulato» y «ladrón» por odio a las enérgicas medidas revolucionarias que tomara desde sus cargos ministeriales. A él mismo lo apodaban despectivamente «el rey José». En el Ejército la falta de pago, de aprovisionamiento y refuerzos, sumados a una inacción destructiva, generaban indisciplina e intrigas, tanto entre los oficiales chilenos como argentinos. Preveía que el edificio de la libertad de América, que tantas vidas costara, podría derrumbarse por culpa de las rencillas intestinas y de la fuerza centrífuga de los intereses que querían fraccionar la América.

Ahora llegaba para conversar con el Libertador en Guayaquil, siendo consciente de que, más allá de la indestructible unidad estratégica que necesitaban crear y consolidar, existían algunas divergencias entre ambos que deberían zanjar para asegurar lo principal.

San Martín consumía anhelante las horas que faltaban hasta su encuentro con Simón Bolívar. Pensaba, caminando

sobre la cubierta de la *Macedonia*, tratando de imaginarse ese momento deseado. Lo sacaron de sus reflexiones las órdenes de sus oficiales disponiendo maniobras para recibir visitantes. Se arrimó a la balaustrada de babor y observó una chalupa que estaban amarrando a la nave. Los marineros ya estaban lanzando las escalerillas. Divisó oficiales colombianos entre la tripulación que los visitaba.

Recibió a los enviados por Bolívar, comandados por el edecán, el coronel Torres. Los subidos a bordo realizaron formación de honor y el coronel le manifestó al argentino el afectuoso saludo de su comandante y la alegría por saberlo arribado.

—Reciba además, mi general, Libertador de Chile y Protector del Perú —dijo Torres—, el sentimiento de cariño y admiración de todos los oficiales y tropa a quienes representamos.

San Martín, molesto por tanto halago, le dio un abrazo campechano al coronel y lo invitó, junto a su comitiva, a pasar a su camarote, el que hacía a su vez de despacho.

Torres se excusó, explicando que su misión consistía en traerle los saludos manifestados y regresar de inmediato para presentarse ante Bolívar con los deseos que San Martín tuviera en cuanto a la organización del encuentro, y su decisión sobre cuándo consideraba oportuno desembarcar. Agregó que estaba a su disposición una residencia de antemano preparada para alojar al ilustre visitante.

Don José le comunicó al servicial coronel que para él el encuentro debería ser lo más modesto y privado posible y que prefería descansar esa noche en su camarote para desembarcar por la mañana.

Una vez bajados los colombianos a la chalupa y despejada la cubierta por los marineros de turno, San Martín retornó a sus cavilaciones, paseándose de proa a popa.

Sabía que la entrevista sería fundamental para el último capítulo de la guerra. Debía lograr los mejores entendimientos

posibles con su anfitrión, y que redundaran en las decisiones más justas para la conducción de la etapa final. Confiaba en la grandeza moral y el genio militar de Bolívar para poder resolver el problema que planteaba el peligro de los 19.000 realistas movilizados que acechaban al Perú desde las sierras. Aceptaba de buen grado la decisión de la Logia, de que fuese Simón Bolívar el máximo conductor militar, debido al superior grado ostentado por el Libertador con respecto a él en la organización secreta, gracias a su mayor antigüedad. No vacilaría pues en ponerse bajo sus órdenes si Bolívar aceptaba y podía encabezar en el Perú la campaña contra los godos. Si el Libertador tenía otros planes, producto de situaciones emanadas del análisis del teatro de operaciones globales de la guerra —que él no conocía—, intentaría lograr un refuerzo militar venezolano-colombiano; el resultado de esto último era una incógnita, dado que no sabía en qué condiciones se encontraban las fuerzas de Bolívar.

La campaña del sur ya estaba cumplida. Por otro lado, con los triunfos de Riobamba y Pichincha estaba despejado el reino de Quito; ahora solo restaba el golpe de gracia en el Perú para cumplir el sueño de la América del Sur liberada.

Volvió a pensar en Guayaquil. ¡Guayaquil!, ciudad que aportara grandes ventajas a la causa de la emancipación, le había posibilitado una importante base de operaciones que le permitió dominar el norte peruano y conectarse con el ejército de Bolívar.

Cuando los guayaquileños formaron junta gubernativa le solicitaron un delegado para que lo representara en dicha junta, y al coronel Toribio de Luzuriaga para que comandara las fuerzas militares de la ciudad. San Martín envió como delegado a su fiel colaborador Tomás Guido, con precisas instrucciones de que se abstuviera de influir en todo lo que no tuviese relación con el objeto de la guerra en el continente.

A Luzuriaga le ordenó algo similar, agregándole que evitara enredarse en las luchas intestinas y que regresara al ejército cuando su presencia allí no fuese ya tan necesaria.

Guayaquil era un tema de disenso suyo con Bolívar. En realidad, ambos libertadores tenían ideas distintas en cuanto a la organización de la América independiente. Bolívar concebía una América dividida solo en cuatro Estados de habla española: México, Gran Colombia, el Perú y el Plata. Guayaquil entraba en ese esquema dentro de la Gran Colombia. Los intereses peruanos de la costa se oponían a esta anexión. Él se lo había hecho saber por nota al venezolano; recordaba la respuesta: «Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser convocado para consultar la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente». No iba a ser fácil compatibilizar los intereses peruanos con los colombianos.

Volviendo a la concepción organizativa de Bolívar, todas esas secciones había luego que unirlas en una gran Federación.

Él opinaba distinto: las futuras fronteras tenían que ser las que decidieran los pueblos independientes, aunque coincidía en cuanto a priorizar la unidad de la América y oponerse a lo nocivo que sería instalar pequeñas soberanías separatistas.

Las divergencias tendrían que ser puestas de lado ante la necesidad de unir fuerzas para terminar la guerra; pero San Martín sabía que quedaban temas pendientes. Ahora tenían que concentrarse en ver cómo iban a liberar las regiones del Perú y Venezuela que todavía seguían en manos españolas.

Sucre le había pedido ayuda desde Guayaquil, amenazado como estaba por el ejército de Aymerich, estacionado en Quito. San Martín le ordenó al general Arenales, estacionado en el norte del Perú, que destinase una división auxiliadora

formada por dos batallones de infantería, dos escuadrones de cazadores y un escuadrón de granaderos al mando de Juan Galo Lavalle. Un jefe peruano, Andrés de Santa Cruz, fue puesto al frente de la unidad.

Allá fueron argentinos y chilenos para ponerse al mando de Sucre. San Martín estaba orgulloso de haber contribuido a fundir sangre combatiente de argentinos y chilenos con la de los guayaquileños, colombianos y venezolanos. Esta hermandad también era alentada por Bolívar; recordaba cuando este le escribiera expresando su deseo de ir «a abrazar a los Hijos del Sol», como cuando le enviara a su edecán, el coronel Ibarra, para requerir los medios de transporte que permitiesen al ejército colombiano reunirse con el de Chile y Perú, y contarle los planes que venía meditando para, según sus exactas palabras, «cooperar a la grande empresa que V.E. con tanta gloria ha emprendido».

Tarde en la noche, San Martín se retiró a descansar. Intentaría dormir algunas horas, aunque la ansiedad jugaba en su contra. Le aguardaba un día intenso. No se le escapaba que sería un día que registraría la historia.

Con las primeras luces del alba se levantó, se lavó en la bacía que su asistente le dejara a mano y se vistió adecuadamente. Cuando su edecán Rufino Guido se presentó, lo encontró ya listo. El edecán le comunicó la presencia a bordo del jefe de la escuadra peruana, Blanco Encalada, y de Salazar, su representante en Guayaquil, quien pasó a informarle el protocolo sugerido por los colombianos: el Libertador lo esperaría en la casa que le habían asignado para hospedarse. Lo recibirían una guardia de honor y el pueblo de Guayaquil para manifestarle su cariño y agradecimiento. Parlamentarían en ese lugar ambos libertadores, con el criterio de «encuentro reservado» que sugiriera San Martín. Luego estaba previsto un banquete y baile de honor para agasajarlo.

Don José frunció el ceño al enterarse del programa; se sentía incómodo pensando en los honores y agasajos que le tributarían; preferiría evitarlos, pero se daba cuenta de que debería someterse a ellos para no aparecer despreciándolos.

Ya en la chalupa que lo llevaba al amarradero, San Martín divisó los batallones de infantería que constituían la guardia de honor, desplegados desde el puerto hasta, seguramente, la mismísima casa que serviría de lugar de reunión con Bolívar. Mientras recorría ese corto trayecto iba recibiendo los honores militares colombianos y los vítores y salutaciones de un pueblo patriota agradecido.

La mañana era agradable, con un sol radiante que parecía haber salido para estar presente en ese acontecimiento singular.

En la puerta de la casona lo aguardaban Bolívar y su Estado Mayor, todos engalanados con uniformes con dorados entorchados, condecoraciones, bandas cruzadas en el pecho y empenachados bicornios, portando sables de honor. San Martín y sus oficiales de Estado Mayor no les iban en zaga.

Cuando don José divisó al otro Libertador, comprobó que su imagen no era muy distinta de la que se había formado, producto de las descripciones de su fiel colaborador Tomás Guido. Bolívar impactaba allí cuadrado, vestido con su mejor gala militar. Cuando estuvieron a pocos metros de los anfitriones, Bolívar se adelantó con sus brazos abiertos para abarcar con cariño y admiración el cuerpo del Libertador del Sur. San Martín hizo lo propio. Fundidos en un apretado abrazo, los dos hombres más encumbrados de la América del Sur escucharon la algarabía popular que los festejaba. Los oficiales de uno y otro lado, contagiados por el pueblo, irrumpieron a su vez en vivas y aplausos.

—¡Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín, Protector del Perú! —exclamó Bolívar.

—La alegría es mía, de poder estrechar al Libertador de medio continente —respondió San Martín.

Inmediatamente Bolívar comenzó a presentarle a las diversas personalidades militares y civiles allí reunidas; todos ansiaban darle la mano al Libertador de Chile y Perú. El pueblo seguía aclamando a sus héroes.

Ambos libertadores pasaron al interior de la residencia, dejando adrede a algunos de sus colaboradores afuera y a otros, más cercanos, en una sala contigua a la que usarían para deliberar. De manera que iban a dialogar solos, sin testigos.

Comenzaron a hablar de los problemas de Guayaquil y su incorporación a la Gran Colombia, lo que ya era un hecho, mal que le pesara a San Martín, por las presiones que recibía tanto de guayaquileños como de peruanos. No escaparon a San Martín las palabras de Bolívar cuando lo recibió:

—Bienvenido, general, a territorio colombiano.

A buen entendedor pocas palabras. Bolívar había logrado, pocos días antes, que la Asamblea guayaquileña convocada a tal efecto legalizara su anexión a la Gran Colombia.

Tenían necesidad de hablarse, de manifestar cada uno su concepción sobre cómo encarar mejor el curso de la guerra. Así lo hicieron.

San Martín le confirmó a Bolívar el estado de las fuerzas beligerantes en el Perú:

—La guerra no se define, mi general. Nosotros dominamos Lima, El Callao y el litoral, pero los españoles están fuertes en el Cuzco y las sierras. Los realistas en las sierras cuentan con alrededor de 19.000 hombres; nosotros apenas juntamos 8.500, pero en un estado calamitoso.

Bolívar escuchaba a San Martín cómodamente sentado en un sofá, mientras don José caminaba.

—Muchos son reclutas —siguió el argentino— con poca o ninguna experiencia, con armas deficientes y escasas, sin

muchas municiones. En fin… Si V.E. pudiera asistirme con 3.000 o 4.000 hombres en condiciones de combatir, le aseguro que este año terminamos la guerra.

Bolívar se paró, nervioso. San Martín se sentó expectante, acomodándose en la hondura del sillón que dejara el Libertador. Bolívar comenzó su turno de caminata, con sus brazos enlazados en la espalda.

—Mi General —comenzó—, estoy íntimamente convencido de la necesidad de auxiliarlo con los refuerzos que pudiera hacer Colombia, pero que ahora deberían limitarse a lo posible. En las condiciones actuales le podría proveer apenas de tres batallones: el Vencedor en Boyacá, el Yaguachi y el Pichincha; no más de 1.300 hombres.

—¡Necesito más del doble!

—No los tengo disponibles, mi general. Además, necesitaría la aprobación de mi Congreso para sacar esa cantidad de Colombia.

—Estoy seguro de que conseguiría esa autorización.

—¡No puedo, San Martín, no puedo!

San Martín se paró y quedaron los dos frente a frente.

—Escuche, Vuestra Excelencia —insistió el del sur—: si no puede proveerme de las fuerzas que le solicito, véngase usted con toda su fuerza al Perú; encabece Vuestra Excelencia la conducción de esta etapa final de la guerra y acepte a este servidor como su segundo. Combatiré a vuestras órdenes. No hay condicionamientos para mí cuando se trata de la independencia americana. Esté seguro, general, venga al Perú. Cuente con mi cooperación sincera; seré su lugarteniente. Usted sabe que la Logia privilegia su mando sobre el mío, debido a su mayor rango en la organización, así que esa escala de mando será la que corresponda.

Bolívar se sintió conmovido con el ofrecimiento del Protector del Perú de ser su segundo:

—Mi general, no puedo aceptar mandar a Vuestra Excelencia. Agradezco ofrecimiento tan generoso, pero no me lo permitirían mis principios. Además, piense cómo caería esa decisión en las tropas de nuestros dos ejércitos; alentaría especulaciones de todo tipo.

Bolívar calló un momento, se acercó a una mesita donde había bebidas y se sirvió algo fuerte; no convidó a su interlocutor porque este ya le había dicho en un anterior convite que su estómago enfermo no soportaba el alcohol. Mientras se servía meditaba. Vació luego su copa de un trago:

—No, decididamente no puede ser bravo un tigre con dos cabezas. Yo deberé por ahora permanecer con todo el ejército en el sur de la república, para emprender operaciones combinadas. Sobre tomar el mando militar en el Perú, le digo que tendría mucho gusto de hacerlo si la república me permitiera ausentarme sin que sufriera el orden interior.

Bolívar comenzó a caminar nuevamente; de pronto se dio vuelta y miró con ojos sinceros a su interlocutor:

—Le confieso, general, que tengo un serio obstáculo: la oposición del Gobierno de Bogotá, y en particular la de Santander, para que el ejército salga del país.

San Martín se sintió abatido:

—Entonces, general, tomaré la decisión meditada para este caso: dado que la situación militar en el Perú está en un *status quo*, volveré a arreglar los asuntos de gobierno y luego me retiraré, renunciando al mando. No esperaré la terminación de la guerra. Pero antes dejaré bien puestas las bases del gobierno. Le diré que, aunque republicano por convicción y considerando la república como el gobierno más perfecto, pospondré sus principios al bien público. Mi convicción es que ahora funcionaría un proyecto como el que planteó el general Belgrano en el Congreso de Tucumán: una monarquía Inca con un descendiente real inca a la cabeza, asentada

en el Cuzco. Unificaríamos toda Sudamérica y lograríamos la adhesión de toda la masa indígena.

—Don José —Bolívar lo miró condescendiente—, los criollos no aceptarían ser gobernados por un indio.

—Entonces deberíamos traer de Europa un príncipe solo y aislado para que asuma como monarca. Es lo que creo posible y mejor para asegurar la paz de los nuevos estados, evitando la anarquía y la forma de gobierno más adaptable a su estado social.

—Le aclaro, general —lo interrumpió Bolívar—, que en mi opinión, ni a América ni a Colombia, en nuestro caso, conviene la introducción de príncipes europeos; es algo ajeno a nuestras poblaciones, ya de por sí bastante heterogéneas. Por mi parte me opondré a ello en lo que me atañe, pero sin inmiscuirme en la forma de gobierno que cada uno quiera darse.

Se hizo un silencio prolongado. Cada uno meditaba el tema.

—Coincidiremos —continuó el Libertador— en que las instituciones que surgirán en América a raíz de la independencia deberán responder a las necesidades y posibilidades de estas sociedades, sin copiar modelos de tierras extrañas. Y para nosotros, los colombianos, está clara la necesidad de instaurar un sistema republicano-democrático, con proscripción de la nobleza, los fueros y privilegios, así como de la abolición de la esclavitud y la ciudadanía de los nativos.

—En todo caso —agregó el Protector—, la forma de gobierno en el Perú será un tema a debatir después de que finalice la guerra.

—Mi proyecto es de Federación para cuando termine la guerra, general. Federación que debe contener a todas las repúblicas que se vayan independizando.

San Martín le manifestó su entusiasta apoyo al proyecto de Federación, como base esencial de la existencia política de todos.

—Antes de embarcarme hacia aquí refrendé el acuerdo que firmaron mi ministro Monteagudo y su comisionado, el general Mosquera, para trabajar por una Asamblea General de los Estados Americanos que institucionalice una Confederación perpetua. Me parece, Libertador, que Guayaquil es el punto ideal para instalar la cabeza de dicha Confederación. Creo que Chile no tendrá inconvenientes en entrar en ella, pero sí lamentablemente Buenos Aires, por falta de unión interna. —Y agregó una consideración—: Hasta tanto se resuelva esa unión grande, es mi deseo que la Federación entre Colombia y el Perú, refrendada y firmada por nuestros delegados Mosquera y Monteagudo, tenga vigencia,

—Coincidimos, general.

—Soy consciente —agregó el Protector— de que tenemos pendiente la materia de límites entre nuestros países. Yo me comprometo a promover en el Congreso del Perú, donde no me faltan influencias, a que este negocio termine satisfactoriamente.

Quedaron nuevamente en silencio los dos guerreros, meditando lo que venían planteando.

—Que yo dé un paso al costado será la mejor forma de evitar las feroces rencillas internas en el Perú y despejar el camino para que, más adelante, su gobierno acepte involucrarse en el último capítulo de la guerra. Le quedará a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que tendrá que poner usted el último sello a la libertad de América.

Bolívar miró con respeto al otro general. Su expresión era de impotencia, pero también de admiración por la actitud del argentino.

—Desearía que fuese usted, San Martín, quien termine esta faena.

El Protector del Perú no contestó. Se dieron un fuerte abrazo, entendiendo que no había más que decirse.

Al día siguiente, luego de encontrarse nuevamente en la residencia de Bolívar, donde reafirmaron algunas coincidencias, se trasladaron ambos a un gran salón donde el pueblo de Guayaquil les ofrecía un banquete. Allí estaban, además de los notables de la ciudad, los principales oficiales colombianos y argentinos, en un número cercano a los cincuenta entre ambos grupos; entre estos últimos se encontraban los coroneles Guido, Necochea, Olavarría, y el más admirado y reconocido, Juan Galo Lavalle, héroe junto a Sucre en la reciente batalla de Pichincha. Los que acompañaban a Bolívar eran Mosquera, Pedro Gabriel Pérez y Diego Ibarra, entre otros. Sucre se había retirado, reclamado por asuntos en la Intendencia de Quito.

En una gran mesa adornada de guirnaldas prendidas al mantel, en fuentes de plata se ofrecían caldo de pollo espesado con tapioca y guisantes verdes, cordero asado con puré de habas, pollo asado recubierto con salsa de pimienta de cayena, ensalada de pescado y otras exquisiteces, junto a vino carlón, champán y jerez.

Terminada la comida, el Libertador se puso en pie con una copa en la mano, invitando al resto a imitarlo. Ante la atención del conjunto exclamó:

—Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo.

Luego de los aplausos de rigor, don José no tuvo más remedio que responder:

—Por la pronta conclusión de la guerra —y agregó para beneplácito de Bolívar—; por la organización de las nuevas repúblicas del Continente Americano y por la salud del Libertador de Colombia.

Todo era algarabía y adhesión vía aplausos a los brindis de los homenajeados; varios oficiales colombianos y argentinos se animaron a proponer brindis referidos a Colombia, al Perú,

a la unidad de los ejércitos de ambas partes y a la liberación total de Sudamérica.

Luego de los brindis se preparó el escenario para el baile que estaba programado. Los oficiales se dirigieron prestos a sacar a bailar a las damas que se ofrecían gustosas a compartir esa fiesta no tan usual en esos tiempos convulsionados. Bolívar hizo gala de su condición de bailarín, mientras San Martín departía afablemente con oficiales colombianos y vecinos de la sociedad guayaquileña. Alrededor de la una de la mañana el Protector, habiéndose despedido previamente del Libertador, se retiró discretamente por una puerta de servicio, acompañado por su edecán Rufino Guido y una mínima escolta. Una hora después, a bordo de la goleta *Macedonia*, partía rumbo a El Callao.

Las traiciones en Lima

El clima nocturno, pringoso y persistente, entraba por las ventanas abiertas sin que Bernardo Monteagudo se decidiera a cerrarlas. Bajo la amarillenta luz del farol a aceite de la esquina, sucia de bruma e insectos, se abría el paisaje inhóspito de las calles desiertas de Lima, hacia donde Monteagudo dirigía su vista sin mirar. Estaba en la cocina de la vivienda que le diera el gobierno, en mangas de camisa, sentado a la mesa. Se sirvió lo último que quedaba de champán y acostó la botella sobre la mesa, impidiéndole rodar. Era la anteúltima botella de su otrora bien provista bodega.

«Hoy es veinticinco de julio», pensó. «San Martín ya debe estar en Guayaquil, llenándose de gloria». Lo pensó sin rencores, más bien con satisfacción; él era fiel a su comandante y estaba convencido de que la gloria y el reconocimiento le eran esquivos al general.

Tomó un trago. «Y aquí Riva Agüero conspirando con los vecinos realistas para organizar mi destitución. Si conservara algo del poder que me otorgara San Martín, los habría hecho

fusilar. Pero hoy, veinticinco de julio, ya es tarde. Ya pasó el momento de una decisión como esa.»

Recordó la utilización de las prácticas extremas pero necesarias en tiempos de revolución para poder asentar el gobierno del Protectorado. Se habían utilizado sin vacilaciones y él estaba convencido de que habían dado resultado.

Lo había escrito en sus *Memorias*:

> Cuando el Ejército Libertador llegó a las costas del Perú, existían en Lima más de diez mil españoles distribuidos en todos los rangos de la sociedad; y por los estados que pasó el Presidente del Departamento al Ministerio de Estado, no llegaban a seiscientos los que quedaban en la capital. Esto es hacer revolución, porque creer que se puede entablar un nuevo orden de cosas con los mismos elementos que se oponen a él, es una quimera.
>
> Varios salieron voluntariamente y otros forzados, aunque todos lo eran, porque conocían su situación; y yo tenía buen cuidado de aumentar sus sobresaltos, para que ahorrasen al gobierno la incomodidad de multiplicar intimaciones.

Una sonrisa socarrona le marcó el rostro cuando recordó que no le creyeron cuando amenazó con expulsar del país al bergante arzobispo de Lima; o cuando anunció que les iba a quitar sus bienes a los ricos godos contrarrevolucionarios. Tampoco le creyeron cuando aseveró que iba a fusilar a los que conspiraran contra la revolución. Y todo eso hizo.

El trémulo temblor de la vela lo obligó, más que el frescor nocturno, a levantarse y cerrar las ventanas. Aprovechó y trajo a la mesa la última botella de champán.

«Conspiran contra mí aquellos que se quedaron sin una cuota de poder y los que, sin haberlo siquiera acariciado, hoy se sienten con más derechos que nosotros los abajeños. A Torre Tagle lo toleran, lo desprecian, lo consideran como un

pobre instrumento de quienes lo manipulan; en cambio en mí concentran todo su odio. No me perdonan que mande con rigor, que sea implacable con los contrarrevolucionarios; no aceptan que intervenga sus costumbres licenciosas y me meta con las prácticas viciosas del juego, y menos aún que utilice a sus criados para delatarlos y reprimirlos. También están, por supuesto, los que no se atreven a atacar de frente a San Martín y se descargan conmigo.»

Todo eso pensaba Monteagudo esa noche, sentado a la mesa de la cocina de su vivienda oficial, clasificando, rompiendo documentos, tomando champán y mirando sin ver —ahora tras los vidrios de la ventana cerrada— la neblinosa nocturnidad de Lima.

«La historia del accionar de la contrarrevolución se repite», rememoró. «Lograron deshacerse de Mariano Moreno primero; luego de Castelli». Recordó las traiciones sufridas por Castelli en el Alto Perú: «¡Tuvimos enemigos dentro de nuestras propias líneas, carajo! ¡Increíble!».

Luego recordó las vicisitudes en Buenos Aires, donde también las traiciones se ensañaron con él y demás revolucionarios, encerrándolos en aquel barco viejo en el río de La Plata y sentenciándolos al destierro.

—La historia se repite —dijo en voz alta, como si tuviera allí un interlocutor—. Ahora comenzaré mi tercer destierro.

«El drama es que me destierran los propios americanos, no mis verdaderos enemigos. Esto se parece a un fin de ciclo», se dijo. «Se termina la milicia para mí, por ende la guerra, la función pública, por ende el poder, y sobre todo, se termina la Lima amante y licenciosa.»

Monteagudo, sin darse cuenta, comenzó a recordar aquel tiempo disfrutado en Lima: había ido abandonando poco a poco los rigores del cuartel —no así las responsabilidades del nuevo gobierno revolucionario— para zambullirse en la

Lima de las comediantas endiosadas y las vírgenes encorsetadas, bajo los influjos de las melodías nocheras a las orillas del Rimac, girando y girando entre sedas, tules y uniformes, entre joyas y espadas relumbrantes, en bailes como aquel primero «de la Victoria» para celebrar el triunfo de las armas patriotas en el Perú.

Las bellas mujeres eran el oro del Perú para Monteagudo. Para amarlas había que comenzar a intimar, llegar a lo más profundo de sus corazones americanos y transformar, a las que aún no lo eran, en patriotas cabales, capaces de combatir al enemigo de la forma que fuese. De allí su proclama, firmada luego por San Martín y lanzada desde el cuartel de Huacho el 1º de julio de 1821, que entre otros párrafos decía:

> Limeñas: la naturaleza y la razón exigen que empleéis todo el influjo que ambas os dan para acelerar la duración de esta guerra sacrílega en que los españoles combaten contra lo que hay de más sagrado entre los hombres, que es su voluntad universal, sus derechos, y aun el cumplimiento de sus deberes, porque ellos son los que nos llamaron a tomar las armas. Haceos tan célebres por vuestra cooperación a la gran obra de libertar al Perú, como lo sois por vuestros encantos y por el temple delicado de vuestras almas.

Le hizo gracia recordar que San Martín le había sacado al texto algunas alabanzas que su impulso romántico había incorporado, negociando que figurase solamente lo de «vuestros encantos».

Malquerencias y rencores le habían traído sus relaciones con el bello sexo, aunque no empañaban los placeres logrados. No solamente doncellas criollas habían respondido a sus seducciones; también hijas de marquesas y duquesas, devenidas en simpatizantes de la independencia. Su cultura, engalanada por el latín, el francés y el inglés, y sobresaliente por sus

conocimientos de la Historia antigua, griega y romana, lo hacía sobresalir entre el resto de los hombres. Su elegancia, sus educados modales, su buen gusto en el vestir eran distintivos de un caballero distinto. Se presentaba en los bailes y tertulias con sus atractivos uniformes de gala, con el grado de coronel, llenos de entorchados e insignias de oro y presillas y hebillas de plata, confeccionados por los mejores sastres militares de Santiago; o con su frac color oliva, abierto sobre un chaleco de paño anteado sobre el que lucía un blanco corbatín ajustado con un alfiler de brillantes prendido en la pechera; pantalones ajustados, negros, de los que bajaban blancas medias de seda que coronaban en charolados zapatos con hebillas también de plata. Su piel mestiza exhalaba un característico olor a agua de colonia no conocida en esas regiones y solo usada por él. De estatura media, lucía cabellos negros y enrulados bien cuidados, sombreando la arqueada frente, y resaltaban la nariz perfecta y la boca sinuosa y de gruesos labios.

Un hombre así, necesariamente aventajaba en cuestiones de galanteos y amores a los rudos oficiales de campaña y a los toscos funcionarios criollos y pusilánimes aristócratas convertidos.

Mirando por la ventana cerrada hacia la negrura, rememoró: «Todo era algarabía ante la liberación de Lima. Asistimos emocionados a la solemne Declaración de la Independencia peruana ante una plaza enfervorizada. San Martín hizo flamear la bandera roja y blanca que él mismo le diera al Perú. Luego vino el Baile de la Victoria, para festejar la liberación y la declaración del 28 de julio. Allí pudimos volver a gozar de los placeres de la vida, vistiéndonos y comportándonos como gente civilizada y, sobre todo, sintiendo que parte de esos goces mundanos se generaban en el trato con el bello sexo, cuestión que casi habían olvidado en la dura vida de soldados. Observaba yo, entre curioso y divertido, cómo rudos

soldados acostumbrados a las conductas de la guerra, recuperaban sus composturas sociales y sus sonrisas, lucían sus vestimentas acicaladas no se sabía dónde ni cómo, y adoptaban los modales de caballeros acostumbrados a los protocolos de los salones, intentando ser seductores frente a las damas que se mostraban en esos saraos.

»—¿No baila usted, coronel? —me preguntó acercándose con dos copas de champán el general Arenales, ofreciéndome una—. Difícilmente se puedan encontrar en esta ciudad mujeres más bellas que las que aquí se muestran.»

«—Se equivoca, mi general —le contesté—. Justamente le he prometido a una limeña mucho más bella que cualquiera de las aquí presentes, y que no ha sido invitada a la fiesta, lamentablemente, que no iba a reparar aquí en ninguna mujer. De manera que ya ve, las hay aún más bellas que estas, si es que cree en mis palabras».

Arenales rio con gusto.

«—Por supuesto que le creo; más tratándose de usted, que tiene fama de galanteador exitoso».

»Yo, adrede, había así reivindicado a mi amante Juanita Salguero, la que efectivamente no había sido invitada, ya que no pertenecía a esa especie de nobleza que allí se convocaba, y que me esperaba ansiosa en su casa.

»Departimos con afabilidad con Juan Antonio Álvarez de Arenales —ese era su nombre completo— durante el transcurso de la fiesta. Yo le tuve siempre gran respeto y cariño, tanto por su capacidad de mando y su valentía, como por su sinceridad en el trato con sus subalternos. Sabía que, a su vez, él me apreciaba y me consideraba su discípulo. Arenales, en los lejanos tiempos ya de la sublevación de Chuquisaca en 1809, al mando de los patriotas, había sido quien me otorgara mis primeras responsabilidades revolucionarias al verme al frente de la juventud universitaria, nombrándome

subteniente. Y creo no haberlo defraudado desde entonces. Además, se mostró siempre agradecido hacia aquellos jóvenes estudiantes que, en aquel momento, le dimos nuestro apoyo incondicional a pesar de ser él peninsular de nacimiento y veterano guerrero de España; no nos habíamos equivocado apoyándolo: desde el principio vimos que su adhesión a la revolución era auténtica. La Asamblea del Año XIII le había otorgado la ciudadanía argentina por su destacada labor revolucionaria en Chuquisaca; había estado preso por los españoles en El Callao y luego en Salta, de donde lo rescatara Díaz Vélez. Participó con Belgrano en el triunfo de Salta, dirigiendo su Estado Mayor, y ahora era un valioso oficial de San Martín en el Perú».

Bernardo, consumiendo su última botella de champán, seguía rememorando:

«A esa fiesta siguieron otros bailes y tertulias organizados por los criollos adinerados y también por algunos españoles que se querían acomodar forzadamente a la nueva situación. Ya no eran las tertulias de fama anteriores a nuestra llegada a Lima, todas ellas realistas, como las reuniones literarias del marqués de Monosclaros, del príncipe de Esquilache, del marqués de Castell-dos Ríus, o ya en vísperas de la independencia, del oidor Orrantía o el marqués de Villalta. Me hice asesorar convenientemente sobre toda esa gentuza de alta alcurnia, enemigos solapados a nuestra llegada. Ahora tallaban las tertulias en las casas de Codecido, de don Manuel Zabala, del mariscal de La Fuente y otras, en cuyas amplias salas profusamente iluminadas con grandes candelabros se lucían hermosas niñas que vivían encorsetadas y con amplias y sofocantes crinolinas, esperando encontrar un seductor galán entre los ansiosos oficiales que a esos lugares concurrían».

Esos salones eran frecuentados por Monteagudo. Pero el torbellino de sus pasiones amorosas y políticas no le impedía

disfrutar, en aquellos inicios limeños, de su paraíso peruano: la bella Juanita Salguero, su cable a tierra cuando la excitación de su vida en la función pública lo desestabilizaba, su bálsamo relajante cuando su espíritu frágil necesitaba verdadero cariño.

Juanita Salguero también era Lima. Esencialmente, y auténticamente, Juanita era Lima, sus texturas, sus fragancias, sus colores y olores.

Continuó recordando: «La conocí en la Alameda, al salir de una corrida de toros realizada en nuestro honor; ella me obsequió un clavel rojo y yo la invité a caminar por el paseo. En muy poco tiempo descubrí que era toda pasión, tanto revolucionaria como sexual, y no solamente me atraía por su inteligencia y belleza, sino que lograba desarmar mi compostura militar apenas entraba yo en su casa; tal vez iba con la intención de contarle mis vicisitudes del día, o de informarle los acontecimientos sucedidos, pero nunca lograba mis propósitos: ella, con una ternura aniquilante para un hombre de armas y letras, acostumbrado a los vivaques y los escritorios, conseguía poner en blanco mi mente y en rojo mis deseos; preguntaba por preguntar, a modo de saludo, cómo me había ido en la jornada mientras comenzaba a desvestirme, casi sin mi consentimiento. Yo respondía por responder, con frases formales, pero ya ninguno de los dos nos escuchábamos: se iniciaba a partir de allí un juego amoroso, rodeado de quejidos de placer, que nos llevaba a un éxtasis que no puedo explicar, pero que sí podrán imaginar aquellos que hayan hecho el amor con la persona que aman.

»Ella me amó con locura en esta estadía mía en Lima.»

Renuncia y destierro

Los males padecidos, atribuidos al ministro Monteagudo, se incrementaban diariamente de acuerdo a la capacidad de imaginación de la inventiva popular, incitada por malintencionados voceros. Para muchos, el ministro era un monstruo destinado a perjudicar tanto a españoles como a criollos nativos. Las arbitrarias providencias de don Bernardo Monteagudo, según sus detractores, llevadas por el correveidile popular a todo rincón de Lima, contenían historias como las que relataban que probos ciudadanos habían sido obligados a un destierro despiadado, otros vejados en su dignidad, teniendo que soportar el ultraje de presenciar el allanamiento de sus residencias bajo pretexto de reprimir el juego o, peor aún, de serles arrebatadas ilegalmente sus propiedades para ponerlas al servicio de las armas argentinas y chilenas. Los más desgraciados de todos eran aquellos que las historias llevadas y traídas señalaban como fusilados por contrarrevolucionarios.

El día 24 de julio se corrió la voz de que en un barco inglés, con destino a Calcuta, saldrían en condición de desterrados

don Mariano Tramaría, anciano muy patriota, don Manuel Gallo, clérigo, un integrante de la respetada familia Calorio y varios más.

Como esto así no podía seguir, enseguida los «patriotas» que interpretaban la gravedad de la hora, los «verdaderos hijos del Perú», según se definían para diferenciarse de los catalogados como «extranjeros», no tuvieron otra salida para evitar un estallido popular que verdaderamente hiciera quedar pequeña la revolución padecida, que arbitrar las medidas para extirpar el mal del organismo sano. O se removía al «Ministro-Diablo», o se lo sacaría por la voluntad popular reunida en un ejemplificador Cabildo abierto. Más de quinientas firmas conocidas, «presumiblemente salidas de la casa de Riva Agüero» —al igual que los rumores—, y encabezadas por ilustres ciudadanos como don Pablo Bocanegra, don José Manuel Malo de Molina y don Agustín Charrún, se hicieron llegar a las autoridades constituidas en Lima, avalando el siguiente documento:

> Los ciudadanos que firman, con su mayor respeto dicen: que ha días que advierten en este heroico vecindario un general disgusto y desconsuelo, que por instantes ha ido fermentando hasta el extremo de temerse con sobrado fundamento estalle una espantosa y terrible revolución. Los verdaderos hijos del Perú, que únicamente tratan de su bien general, y de mantenerse fuertemente unidos para resistir al enemigo común que nos amenaza, no pueden menos que representar a V.E., que todos los disgustos del pueblo dimanan de las tiránicas, opresivas y arbitrarias providencias del Ministro de Estado don Bernardo Monteagudo. Han visto con la mayor indignación arrancar a algunos ciudadanos del seno patrio y amenazar a otros despóticamente y sin otro fundamento que la arbitrariedad y antojo de un hombre que quiere disponer de la suerte del Perú. Por estos motivos, como igualmente por las muchas vejaciones que han sufrido los verdaderos

> patriotas, se halla justamente irritado este pueblo, y pide que este detestado ministro sea removido en el instante, bajo el supuesto de que si no lo consiguen antes de concluirse el día se provocará un Cabildo abierto, que se tratará de evitar por medio de las providencias suaves y prudentes que sobre el caso dicte V.E…

Así se selló la suerte del tucumano. La nota presentada al ilustre delegado Torre Tagle, en realidad se quedó corta en relación a las historias que ese mismo grupo, portador de la misiva, hacía correr en las escalinatas del palacio de gobierno mientras aguardaba respuesta: los fusilamientos de Jeremías y Mendizábal; el destierro del doctor Urquiaga; la separación del ejército y el confinamiento del oficial Calorio; las masivas e indiscriminadas deportaciones; todas medidas que arramblaban con justos y pecadores. Surgieron allí voces que recordaban las ideas volterianas del ministro y sus desplantes heréticos hacia la Iglesia; algunos repetían historias que les contaran sobre misas negras y procesiones arrastrando crucifijos por polvorientas calles de poblados del Alto Perú, encabezadas por ese demonio. Se criticaron con vehemencia medidas ministeriales sobre reuniones de españoles y uso de la capa, protocolos sobre lutos y entierros y el decreto más irritativo sobre la prohibición del juego. Algunos exaltados juraban conocer el plan de Monteagudo para ungir rey a San Martín, con la complacencia del Protector.

Bernardo se enteraba por Juanita, desde la mañana temprano, de las habladurías sobre su persona que corrían por los mercados:

—Hoy me agarré con una vieja en el mercado —le contaba Juanita—, que estaba diciendo que tú tenías una habitación llena de oro. La tomé de los pelos mientras le decía que era una mentirosa —le contaba a su amante, no con angustia sino riéndose—. Gritaba como un marrano la vieja.

—¡¿Cómo pueden tener tanta imaginación para inventar esas historias?! —le preguntaba Bernardo.

—No lo sé. Mienten. ¿Pero cómo pueden decir que te has enriquecido, o que tu objetivo es lograr coronar a San Martín como rey del Perú? —le preguntaba mientras le hacía masajes, tirado él de bruces en la cama, en su espalda contracturada por las tensiones del día.

—Juanita —trataba de calmarla Bernardo—, todas son habladurías que echan a correr mis enemigos en Lima, envidiosos de mi posición.

—¿Pero no hay nadie en el gobierno, o en el ejército argentino, que pueda salir a desmentir las calumnias sobre tu persona?

—Lamentablemente, al irse San Martín a encontrarse con Bolívar, se ha producido un vacío de poder que aprovechan los contrarrevolucionarios. Y Alvarado, el comandante que dejara el Protector al frente del Ejército, pareciera mirar para otro lado.

La situación era delicada. El susto de Torre Tagle y demás autoridades del Consejo de Estado, pensando que si los funcionarios no respondían a las demandas presentadas ellos mismos serían rebasados, junto a la creciente presión de la muchedumbre que se iba concentrando, todo ello sumado a la ausencia temporal de San Martín, determinaron el curso de los hechos.

Monteagudo seguía los acontecimientos de cerca. No vaciló en tomar una decisión. Consta en sus *Memorias*:

> Yo renuncié por decoro antes de ser depuesto: bien conocía el teatro en que estaba, y la impaciencia con que algunos de los espectadores deseaban figurar en él. A los tres días recibí un pliego del Supremo Delegado en que ordenaba que saliese para embarcarme en El Callao, porque así convenía.

Mientras va recogiendo sus pertenencias, libros y ropa, en la vivienda que le fuera asignada, se ríe al pensar que está recogiendo casi las mismas pertenencias que juntara en Buenos Aires cuando lo desterraran. ¡Ni un libro ni un traje de más! Bernardo Monteagudo piensa en la ingratitud de los patriotas que lo abandonaron a su suerte.

«Se olvidaron de que a mí se deben la primera escuela normal de Sudamérica; la Biblioteca Pública; el establecimiento de un banco nacional; las leyes que favorecieron a los indios y a los negros.

»La revolución es ingrata con sus hijos. Lo es conmigo y lo es también con San Martín. Si hay alguien en el Perú que no desea estar un solo día de más detentando el poder, ese es San Martín. Lo destruirán si pueden, cuando él regrese de Guayaquil. Espero que tenga reflejos para reaccionar política y militarmente cuando se interiorice de los acontecimientos que están ocurriendo. Yo no podré aguardarlo, bajo peligro de muerte.»

Se despidió apresuradamente de Juanita, con vagas promesas de enviarle, en cuanto pudiese, un pasaje para que se juntara con él en el exilio. Mandó llamar al poeta De Mezy para darle un último abrazo; se había hecho muy buen amigo del medio francés.

—Vos te vas al exilio y yo me vuelvo a París; necesito enamorarme de alguna bella francesa para olvidar a la traidora de Lucrecia —le dijo De Mezy—. Si regreso, será una vez que el Perú esté totalmente pacificado e independiente y yo con mi alma en paz.

—Entonces nos reencontraremos cuando eso suceda.

Se dieron un fuerte abrazo.

Terminando de ordenar sus últimos asuntos, Monteagudo pasó a bordo de la corbeta de guerra *La Limeña*, que tenía orden de conducirlo a Panamá.

El sol caía sobre el Pacífico pintando todo de rojo sangre, en un atardecer caluroso y húmedo. Monteagudo, a bordo del barco de guerra que lo trasladaría al istmo, envuelto en su capa para mitigar la leve llovizna, observaba Lima despidiéndose mentalmente de esa bella ciudad, de su Juanita Salguero, del gobierno y del ejército. Pensó que la ingratitud era algo más grave que el odio, porque si este se basaba en cuestiones motivadas por pérdida de bienes, prebendas y puestos —por eso lo odiaban los españoles—, la otra solo respondía a la indiferencia, al oportunismo para ganar posiciones ante su desplazamiento, o a lo mejor a la envidia de los que, se suponía, estaban en su mismo bando.

Congreso Constituyente y salida del Perú

El Protector regresó a El Callao cansado y enfermo. Encima de venir con el ánimo bajo, por no haber convencido al Libertador de que asumiera la conducción total de la guerra, y algo confusas sus ideas sobre cómo ordenar el gobierno en el Perú y preparar su retiro, se enteró de la asonada contra su ministro Monteagudo y la intempestiva partida de este, obligado a proteger su vida. Una ira intensa se apoderó de su espíritu. Él sabía de las rencillas internas entre los peruanos y las conspiraciones tendentes a desplazar su gobierno, pero no se imaginó que, durante su ausencia, pudieran haberse animado a tanto. Lo primero en que canalizó su ira fue en su ejército. Si había sucedido lo que le contaron, fue porque algunos de sus oficiales lo habían traicionado o, al menos, hecho la vista gorda para que la sedición llegara hasta donde llegó. Era consciente de que en otras condiciones políticas hubiese resuelto la cuestión fusilando a algunos de esos oficiales, que eran sus amigos y camaradas de armas fieles, pero que no habían respondido al deber de defender su gobierno. Sentía

que ese era un golpe muy fuerte, que además de dolerle hasta lo más íntimo de su ser, lo empujaba a acelerar su retiro. Era inevitable, al haber sido avasallada su autoridad.

Ni bien llegó a Lima, fue informado del clima de agitación que se estaba viviendo. A los cambios de planes que venía madurando en su viaje de regreso de Guayaquil se sumaba la destitución de su mejor ministro, Bernardo Monteagudo. Se sentó en su despacho. Su edecán le acercó un informe sobre el cuadro de situación política y militar, acompañado de algunos boletines que habían distribuido los revoltosos. Don José se concentró en estos últimos. Leyó:

> Este gran paso del pueblo anuncia el primero majestuoso de su libertad, que puede asegurarse empieza a gozarla, porque con tal ministro al frente —alusión obvia a Monteagudo—, aunque se habían roto las cadenas de la España, se habían roto de un modo que nos habían quebrado las manos.

San Martín meditó sobre cómo pesaban los intereses y las pasiones regionales por sobre los americanos. Cuánta concientización hacía falta aún para que peruanos, argentinos, chilenos, colombianos, venezolanos, se sintieran parte de una misma Patria. Había perdido a un ministro clave, a un patriota cabal. Parecía que los peruanos no entendían que estaban librando una única guerra continental, que no estaba aún definida —para muestra bastaba constatar las fuerzas realistas reagrupándose en las sierras—, y que de este lado necesitaban estar todos hermanados en la misma causa. O serían todos derrotados y represaliados, o serían todos triunfadores; no habría términos medios.

En otra hojilla suelta leyó:

> Un misántropo orgulloso consideraba esta capital como una propiedad de conquista. Tiemblen los tiranos y desengáñense de intentar aherrojar a sus detestables cadenas a unos

> hombres que no ignoran que la ambición de los opresores es reinar sin trabas, franquear los límites de toda ficción legítima y erigir en ley los caprichos del poder arbitrario...

«Hablan de tiranos, de ambición de los opresores, de poder arbitrario. ¡Qué es esto!» —reflexionó don José—. «La sangre de mis granaderos, de los chilenos, de los propios peruanos, no se derramó para lograr una conquista sino para instaurar la libertad e independencia. ¡Desagradecidos!»

San Martín estaba indignado. No hubiera imaginado nunca que se pudieran formar facciones entre los patriotas. Su espíritu estaba atribulado: no había podido convencer a Bolívar —aceptaba que este tenía que lidiar con sus propios problemas— para que bajara suficientes tropas al Perú para completar la campaña y terminar con los realistas. Su ejército estaba indisciplinado; también desmoralizado; en el gobierno tenía gente que se había manifestado inepta y débil, salvo claro está Monteagudo, quien ya no contaba. Sintió que en esta situación él no era un hombre necesario, y hasta podría ser un obstáculo en el futuro inmediato. Concluyó que había llegado el momento de dar un paso al costado. Otra alternativa era imponer su autoridad contra viento y marea, ejerciendo la represión hacia los grupos díscolos del pueblo y del ejército, cuestión a la que jamás se prestaría. Por otro lado, no tenía garantías de no chocar finalmente con el Congreso que convocara, en donde estarían representados esos grupos. Era preferible entregar el destino político del Perú a sus propios hijos.

Con esa decisión tomada fue que escribió a Bolívar —era necesario que el Libertador supiese de su resolución, ya adelantada en la entrevista que tuvieran: «Se han acelerado los acontecimientos. Mi partido está irrevocablemente tomado: he convocado al Congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile».

Haber tomado esa decisión le traía un alivio que mejoraba su estado de ánimo y su salud. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que se estaba sacando cargas muy pesadas de encima.

Seguidamente le escribió a O'Higgins; no podía no comunicarle su determinación a quien había compartido con él la parte tal vez más difícil de la campaña; luego de anunciarle el asunto le agregó:

> ... Me reconvendrá usted por no concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador, y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles y mi edad media al de mi patria. Creo que tengo el derecho de disponer de mi vejez. Será la última carta que le escriba.

Se sintió fatigado, como si hubiera terminado de dirigir a sus tropas en una batalla. Su edecán le preguntó si iba a cenar, que ya estaba lista la comida.

—Le agradezco. Hoy mi estómago no está para alimentos; apenas para calmantes.

Se acercó a la ventana de su despacho. Abajo, en la plaza de armas de ese enorme edificio que alojara a los virreyes durante siglos hasta que ellos llegaran, no se veía más que a los centinelas asignados al lugar. La oscuridad que comenzaba a instalarse le negaba la visión de las sierras lejanas. Los farolillos a aceite en las esquinas permitían visualizar las calles y veredas, desiertas a esas horas. Pensó que Lima parecía una ciudad tranquila y amigable, pero en realidad ocultaba odios, frustraciones y hasta traiciones, como lo estaba comprobando.

Mirando sin mirar hacia esas calles, refirmó la convicción de que su decisión no era irresponsable: dejaba en el Perú un

ejército de más de once mil hombres, entre las fuerzas peruanas, argentinas, chilenas y colombianas. Además esperaban una expedición de mil hombres que enviaba el gobierno de Chile como refuerzo. Cuando Bolívar pudiera dejar sus problemas arreglados en Colombia y viniera al Perú, la suerte española estaría sellada.

Con esa ilusión se acostó, con el intenso deseo de poder dormir después de tantas horas turbulentas. Lamentablemente, no lo consiguió plenamente. Tomaba conciencia de que sus responsabilidades ya le pesaban demasiado y de que su físico se deterioraba paso a paso.

El 22 de septiembre se instaló el Congreso Constituyente en una fúlgida mañana. Todos los reunidos esperaban ansiosos la palabra del Protector, intrigados por la decisión que tomaría en cuanto al futuro institucional del Perú. Muchos se preguntaban cómo habría reaccionado ante la expulsión de Monteagudo. Se notaban las distintas facciones, muchos de cuyos representantes discutían acaloradamente tratando de hacer prevalecer sus posiciones. Cuando San Martín entró al recinto se hizo un silencio expectante. El Protector, vestido con su uniforme de rigor, con la banda bicolor —símbolo de su autoridad— cruzada sobre su pecho, subió al estrado y, ante la mirada atónita de todos los presentes, se despojó de dicha banda. Con voz firme se dirigió a los congresales:

—Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú, no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesitan para hacer la felicidad de sus representados. Desde este momento

queda instalado el Congreso soberano y el pueblo reasume el poder en todas sus partes.

Depositó sobre la mesa seis pliegos cerrados —uno de ellos contenía su renuncia irrevocable— y se retiró con toda su dignidad entre los vivas y aplausos estruendosos de sus partidarios y de todos aquellos que habían alcanzado a reaccionar; muchos habían quedado paralizados y mudos por lo inesperado del anuncio.

De regreso a su residencia en la quinta de la Magdalena, bajó eufórico del carruaje; se había sacado un gran peso de encima. Paseándose por la galería le dijo a su secretario:

—Hoy es un día de verdadera felicidad. Me he desembarazado de una carga que ya no podía sobrellevar, y dejé instalada la representación de los pueblos que hemos liberado. Ellos se encargarán de su propio destino.

Su fiel colaborador, Tomás Guido, lo observaba azorado y contristado, sin atinar a opinar sobre lo que escuchaba. Fueron interrumpidos por un ordenanza que anunció la llegada de una comisión del Congreso que pedía hablar con San Martín. Este sonrió y le dijo a Guido:

—Me imaginé que iban a venir. Llegaron rapidísimo; pensé que iban a tardar un poco más. Tomás: hágalos pasar; los recibiré en el comedor. Vienen por una gestión desde ya fracasada.

La reunión duró apenas unos minutos, durante los cuales el general reafirmó su decisión irrevocable de renunciar. Los congresistas se retiraron desalentados, pero no pasó más de una hora hasta que se presentó una delegación más numerosa que la anterior. El general no perdió la paciencia y recibió a estos congresistas con gran amabilidad, pero sin dar el brazo a torcer sobre la renuncia presentada. Cuando la comisión se retiró, San Martín le dijo a Guido con un dejo de humor:

—Ya que no me es permitido colocar un cañón a la puerta, con el cual defenderme de otra incursión por pacífica que ella sea, trataré de encerrarme. No estoy ya para nadie.

Al rato invitó a Guido a tomar un té. Ni bien este tomó asiento, le espetó mientras le servía una taza:

—¿Qué manda usted para su señora en Chile?

—¿Qué pasajero viaja? —preguntó Guido temeroso.

—El conductor soy yo; ya están listos mis caballos para pasar a Ancón. Esta misma noche zarparé del puerto.

A Guido le dio un sacudón el corazón. Su superior le confirmaba lo que intuía y temía.

—Permítame que discrepe de usted, general. No me parece una buena decisión. El Ejército y el Perú aún lo requieren. La anarquía está a la vuelta de la esquina. También los realistas. Usted es la única persona que puede imponer el orden y hacer respetar su autoridad.

—Aprecio sus sentimientos, Tomás. Pero le diré a usted sin doblez: mi autoridad y ascendencia ya no existen ni en el ejército ni entre los peruanos. Además, Bolívar y yo no cabemos en el Perú. Si Bolívar, aprovechándose de mi ausencia, logra afianzar en el Perú lo que hemos ganado y algo más, me daré por satisfecho.

Guido lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que su decisión era irreversible. Atinó a decirle:

—Permítame entonces que lo acompañe a su destino. Yo me debo a usted.

—Tomás —San Martín puso su mano en el hombro de su fiel colaborador—, le voy a dar mi última orden, que además es un ruego de amigo. Necesito que usted se quede aquí cerca del general La Mar, a quien esperan pruebas difíciles en su futura presidencia. Me acaban de anunciar los diputados que vinieron a verme que, si yo no retiro mi renuncia, La Mar será el elegido para gobernar el Perú.

Antes de que Guido atinara a responder, interrumpió el ordenanza:

—Mi general: su caballo está ensillado y su escolta, al mando de Rufino Guido, lista para acompañarlo.

—¿No manda nada para Chile, Tomás?

Guido respondió negando con su cabeza.

Sin más que decirse, San Martín abrazó a su atribulado secretario, tomó su morral de campaña y se marchó.

Guido lo miró partir mientras unas lágrimas caían por sus mejillas.

Radicado en Mendoza

En 1823 José de San Martín, después de un largo y penoso viaje desde el Perú, pasando por Chile, llega a su chacra de Barriales en Mendoza. Su ilusión, vuelto a la vida civil, era vivir tranquilamente, trayendo a su familia desde Buenos Aires, haciendo vida de campesino. En 1816 don José había pedido al gobernador Luzuriaga un lote de cincuenta cuadras en los terrenos dejados por los jesuitas al ser expulsados en el siglo XVIII; el gobierno de Mendoza no solo le otorgó ese terreno, sino que le agregó doscientas cuadras más para su hija Merceditas. Don José agradeció el gesto pero propuso que esa extensión se destinara a los guerreros de la independencia que se fuesen a destacar en las futuras campañas militares.

Había traído desde Chile unos cuantos caballos «braceadores», con la intención de criar ese tipo de animales en su chacra para ganarse el sustento. Pero el odio y la maledicencia frustrarían rápidamente sus ilusiones. Comenzó a sufrir ataques y humillaciones por parte de muchos compatriotas. Tenía muchos enemigos en Buenos Aires, principalmente

Rivadavia en el gobierno, quien no olvidaba que San Martín había participado de la exigencia de reemplazo del Primer Triunvirato, y por ende de él como ministro de Guerra en 1812. En Buenos Aires corría todo tipo de rumores sobre el general, entre ellos que era espía de los franceses y hasta de los ingleses. San Martín conocía a fondo cómo se desatan las pasiones entre facciones enfrentadas una vez echada a rodar una calumnia. En un continente virgen, salvaje e inculto como América, había que protegerse de los exaltados que lo odiaban. Pero nunca se imaginó que el odio pudiese llegar al nivel de la felonía, como sintió que estaba ejerciendo Rivadavia, el poderoso ministro de Gobierno de Martín Rodríguez en Buenos Aires: sabiendo que la mujer de San Martín estaba agonizando aquejada de tuberculosis, le negó el permiso para poder trasladarse a Buenos Aires. Rivadavia no toleraba que San Martín no defendiera los intereses porteños. Todavía estaba atragantado con la negativa del general de llevar su ejército a combatir a Estanislao López y Ramírez años atrás.

Don José hubiese ido igual, desafiando la prohibición del ministro, pero buenos amigos le hicieron saber que su vida corría peligro si iba, tanto por el lado de Rivadavia como por el del chileno Carreras, declarado enemigo desde la época de la independencia de Chile, que comandaba una banda de pistoleros que estaba asolando Buenos Aires. Él no haría nada que pusiese en riesgo a su hija Mercedes, por lo que desechó viajar en ese momento. En el mes de agosto murió su esposa Remedios a los 25 años de edad, y recién cuatro meses después, con un permiso transitorio logrado por algunos amigos, y en carácter de viaje reservado, pudo ir a llorarla y a recoger a su hija, decidido ya como estaba de regresar a Europa ante el clima hostil que sufría en su patria. Dejó su chacra al cuidado de su amigo Pedro Moyano y partió hacia el viejo continente junto a Merceditas el 10 de febrero de 1824. Atrás dejaba sus

logros, pero también sus fracasos, incomprensiones y hostilidades de muchos compatriotas.

El 23 de abril llegaron a Francia, donde se encontró don José con la sorpresa de que le negaban la visa para entrar. El gobierno francés desconfiaba de ese militar subversivo del que no sabían bien con qué objetivo llegaba a Europa. Decidió entonces seguir viaje rumbo a Inglaterra. Allí se encontró con viejos amigos; logró instalar a su hija en un liceo para señoritas y se predispuso a contactarse con la comunidad hispanoamericana en Gran Bretaña y a buscar información sobre las pretensiones de la Santa Alianza de reconquistar tierras sudamericanas. No iba a dejar de involucrarse, a pesar del exilio, con la suerte de las repúblicas del subcontinente. Desde Londres logró finalmente poder ingresar a Francia. La llegada de San Martín a París no pasó inadvertida para sus autoridades. Restablecido Fernando VII en el trono español, la policía local lo siguió de cerca, pasando informes puntillosos a sus pares en Madrid por las dudas de que las intenciones del general fuesen querer combatir al absolutismo español en su propio terreno. No era ese el objetivo de don José, pero sí tomar contacto con los liberales europeos antiabsolutistas, tarea que encaró incansablemente viajando por Londres, Bruselas, Marsella, París, Amberes, Ostende y demás puertos europeos, y enviando información a sus contactos en Perú y Chile. En ese ínterin sucedieron algunos hechos en Sudamérica, especialmente uno que entusiasmó al ex Protector del Perú: el 9 de diciembre de 1824 el general Sucre triunfaba en la batalla de los llanos de Ayacucho, en Perú, quebrando definitivamente el poder militar realista, con lo que terminaba la guerra por la independencia suramericana. ¡Por fin la noticia tan anhelada, deseada noche tras noche de insomnios y remembranzas en su frío exilio! Lo que no entusiasmó al general fue la noticia de la reunión en Buenos

Aires de un nuevo Congreso Nacional bajo la influencia de Rivadavia. Ese Congreso nombró a Bernardino Rivadavia presidente de las Provincias Unidas y dictó una Constitución unitaria, aristocrática y centralista. San Martín sabía bien que esa Constitución desataría una reacción contraria en el interior del exvirreinato. Habría que seguir esos acontecimientos para ver cómo derivarían. Él seguía alentando la posibilidad de volver a su tierra, con su hija, para terminar como un ciudadano común sus días en el anonimato. Pero dependería del devenir del gobierno de Rivadavia y de la calma de las pasiones desatadas.

Montevideo. Cinco años después

La decisión de regresar después de todos esos años en Europa, tenía varias aristas. Una de ellas se relacionaba con tratar de poner en orden sus pensiones otorgadas en el Perú, ver de actualizarlas y cobrarlas. Pero otras tenían que ver con sus íntimos sentimientos hacia su terruño; le dolía a San Martín la Patria ausente de su vida, de la cual iba conociendo su devenir por boca de amigos y conocidos que lo visitaban cada tanto, pero que lo apabullaban con versiones contradictorias. Así que dejó a Merceditas internada en el colegio al que asistía, se trasladó desde Bélgica, donde residía, hasta Londres, donde su amigo y veterano lugarteniente, el general Guillermo Miller, le consiguió un pasaje en el paquebote *Countess of Chichester*, que zarparía desde el puerto de Falmouth en el sudeste de Inglaterra con destino al Río de la Plata.

Volvió entonces a cruzar el Atlántico, pero ahora con motivaciones diferentes a las de diecisiete años atrás. No iba entusiasmado, pero sí con algunas expectativas que comenzaron a frustrarse cuando el 15 de enero de 1829 el *Countess*

of Chichester atracó en Río de Janeiro. Se puede decir que su presencia en Río, aun sin desembarcar, no pasó desapercibida para los espías franceses, ingleses y españoles, quienes en misivas elevadas a sus respectivos gobiernos dejaban traslucir como una posibilidad que el afamado militar viniera a ponerse al servicio de una facción en la convulsionada Buenos Aires.

Leyendo la prensa local, don José se enteró de un hecho que le disgustó bastante y que, sin dudas, haría recomenzar la guerra civil en el exvirreinato: el general Juan Galo Lavalle, uno de sus mejores oficiales en la guerra de independencia, había derrocado y hecho fusilar al gobernador de Buenos Aires, Manuel Dorrego, otro de sus exguerreros. Esa noticia, más allá del dolor que le producía saber que se mataban entre hermanos, y de las connotaciones que presuponía hacia el futuro, le trastocaba a San Martín sus planes y deseos en relación a los objetivos de su viaje. Se daba cuenta de que su presencia en Buenos Aires, en medio de un enfrentamiento fratricida, lo iba a empujar a tener que tomar partido por uno de los dos bandos enfrentados: unitarios o federales, y él no se iba a permitir inmiscuirse en ese conflicto. Llegado al puerto de Buenos Aires, sin desembarcar, le envió una misiva al ministro de Gobierno de Lavalle, general José Miguel Díaz Vélez, en el que le decía:

> A los cinco años justos de mi separación del país he regresado a él con el firme propósito de concluir mis días en el retiro de una vida privada, mas para esto contaba con la tranquilidad completa que suponía debía gozar nuestro país, pues sin este requisito sabía muy bien que todo hombre que ha figurado en la revolución no podía prometérsela, por estricta que sea la neutralidad que quiera seguir en el choque de las opiniones. Así es que en vista del estado en que se encuentra nuestro país y por otra parte no perteneciendo ni debiendo

> pertenecer a ninguno de los partidos en cuestión, he resuelto para conseguir este objeto pasar a Montevideo, desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto restablecimiento de la concordia.

Noticia como esa de su llegada se expandió, como no podía ser de otra manera, por Buenos Aires, generando todo tipo de opiniones en la población. El hecho de su decisión de no desembarcar generó recelos y críticas entre los unitarios. El diario *El Tiempo*, de orientación unitaria, se refirió irónicamente al hecho:

> Baste decir que es imposible que el general San Martín llegara a nuestras balizas sin estar perfectamente impuesto de lo ocurrido en Buenos Aires desde el día 1° de diciembre; en el Janeiro se impondría de los principales sucesos y en Montevideo de todos sus pormenores y consecuencias del estado actual del país. No nos parece por lo tanto que sean las circunstancias políticas de hoy consideradas en general las que hayan decidido al señor San Martín a regresar a Montevideo desde nuestros puertos sin siquiera desembarcarse. Él ha recibido a bordo muchas visitas de sus amigos; se habrá impuesto por consiguiente de que en el día de hoy no se sostiene otra lucha en Buenos Aires que la del orden contra la anarquía y tampoco ignorará que en este país no hay hombres precisos. De lo que acaso en su larga ausencia no haya tenido proporción de juzgar con exactitud. Deseamos que el general tenga un buen viaje y que se desvanezcan cuanto antes todos sus escrúpulos.

Justamente lo que el veterano general no quería, alentar los enfrentamientos, se estaba produciendo con su presencia, generando opiniones tanto a favor como en contra. Se mantuvo firme en su decisión y navegó en el paquebote hasta Montevideo, donde esperaba encontrar aires más benignos para recomponer su cansancio hasta regresar a Europa, su destino

no programado en esta oportunidad, pero sí decidido por la fuerza de las circunstancias.

Lavalle le ofreció, mediante enviados especiales, el mando militar de la provincia de Buenos Aires, para ponerlo de su lado, pero el general se negó rotundamente. En una carta dirigida a O'Higgins le decía:

> El objeto de Lavalle era el que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantir, por mi parte y por la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 1° de diciembre; pero usted conocerá que en el estado de exaltación a que han llegado los partidos en cuestión, sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos [*sic*]. Por otra parte, los autores del movimiento del 1° son Rivadavia y sus satélites, a usted le constan los inmensos males que estos hombres han hecho, no solo a este país, sino al resto de la América, con su infernal conducta; si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un hombre de bien a un malvado.

Al llegar a la rada de Montevideo le impactó gratamente observar el faro instalado en la cumbre del cerro, garantía para la navegación por el río de La Plata. También llenó sus ojos ver flamear en el fuerte de San José y en el antiguo edificio de la Aduana la nueva bandera de la Banda Oriental: nueve listas de color azul celeste sobre fondo blanco, horizontales y alternadas, dejando en el ángulo superior, del lado del asta, un cuadro blanco en el cual lucía un sol. Las nueve listas azul celeste representaban a los nueve departamentos existentes. Fue una constatación de organización institucional, de comprobar que los pueblos americanos iban avanzando en sus ordenamientos; pero por otro lado, le dolía la amargura de

que los sudamericanos no hubiesen aprovechado las circunstancias para la gran unidad en libertad del subcontinente. Él y tantos otros guerreros habían combatido por la independencia de Sudamérica, no de esta o aquella Patria chica. Y la diplomacia británica, campeona en esas lides de dividir para reinar, se había salido con la suya de lograr un Estado tapón entre el Brasil y la Argentina.

Ya desembarcado alquiló una habitación en la posada Fonda de Carreras, en pleno centro de Montevideo, desechando ofrecimientos oficiales para alojarse.

Una alegría fue recibir correspondencia de su entrañable colaborador Tomás Guido. La misma decía:

> Mucha satisfacción me ha dado el saber que usted llegó felizmente a Montevideo y que está fuera de contacto de las pasioncillas que aquí se agitan. [...] Hay otro negocio sobre el cual me gustaría saber la resolución de usted prontamente, si no hay sistema en ocultarlo; tal es: si usted se resuelve pasar o no al Perú. Quizá considere usted impertinente esta pregunta; no lo es, si usted se persuade de que el interés de América y simpatías indelebles por usted me mueven a esta averiguación. Estoy informado de que usted ha sido llamado por el general La Mar y que se le han acordado a usted sus honores y sueldos; creo también que su presencia en Lima contribuiría decididamente a que se pagasen los haberes vencidos; pero no son esos intereses los que yo quiero saber si a usted lo llevarán a aquel país; es, en una palabra, y bajo la reserva de que usted sabe soy capaz, si usted se decidirá a tomar parte activa en la suerte del Perú, comprometido hoy en una guerra justa y con muy pocos hombres que lo presidan. [...] Buenos Aires continúa marchando bajo el mismo sistema que en diciembre; se aceleran los preparativos para una fuerte expedición contra los gobernadores de las provincias interiores. Hoy sin embargo se asegura que el general Rivera ha ofrecido mediar entre las partes beligerantes para evitar la guerra civil.

Guido lo conocía bastante como para saber que nunca tomaría parte activa en los asuntos del Perú, enfrascado en una guerra sin sentido con la Gran Colombia. Había brindado gran parte de su vida a la independencia y unidad sudamericana y ahora no la iba a dilapidar, enfrascándose en disputas por el dominio de provincias como Tumbes y Jaén, o lo que es peor aún, por la provincia de Guayaquil. No era alentar esos conflictos lo que San Martín hubiese esperado de La Mar al frente del Perú. Esos dramas lo afirmaban en lo que había sido su idea de instalar una monarquía constitucional, por lo menos al principio, dado que entendía que no existían condiciones para instalar una institucionalidad republicana que requeriría de la capacidad técnica y administrativa de cientos o miles de funcionarios que no existían en estas tierras.

Cierto era que el actual presidente del Perú lo había invitado a participar de la guerra con Colombia y que él nunca le había respondido. Por Guido se enteró de que la decisión de La Mar era reconquistar no solo Guayaquil sino también el Alto Perú. Lo de resolver los problemas de honores y haberes vencidos pasaba a segundo plano ante esa cruda realidad. Que el general La Mar esperara sentado la respuesta a su pedido, fue lo que concluyó.

El bueno de Tomás Guido le informaba en su misiva la noticia sobre los preparativos en Buenos Aires para formar una fuerte expedición que saliera a combatir a los gobernadores de las provincias. «¡Tierra de salvajes!», se permitió injuriar en su pensamiento a su tierra natal. «Hay que inculcar educación y cultura para que luego puedan reinar la paz y la república».

Le dolía a San Martín esa triste realidad que constataba en Colombia, en el Perú, en la Argentina. Hacía semanas que respiraba el aire americano y ya lo obligaban a pensar en clave militar, en recelos y precauciones, en cautelas y esquives, en respuestas que negaban lo que otros esperaban.

Había sido un iluso al soñar con volver a sus orígenes para terminar su vida, acompañado de su hija, en cualquier terruño del país. Tendría que resignarse a vivir en Europa, entremezclado con los integrantes de esa civilización culta pero lejana a sus afectos y costumbres; le repugnaban las reuniones de etiqueta, los hábitos sociales que estaban en oposición con su carácter franco de soldado. Pero aquí ya lo estaba sofocando el clima neblinoso de las pasiones desatadas entre sus paisanos.

Montevideo le ofrecía un respiro a tantas tensiones; al fin y al cabo, también se sentía en casa en la Banda Oriental; había recuperado amigos, se había reencontrado con su cuñado Manuel Escalada, estaba siendo testigo de honor de la institucionalización de la nueva república al aceptar participar como invitado a las sesiones de la Asamblea Legislativa que debatía la nueva Carta orgánica del Uruguay. Ante la insistencia de algunos amigos, había aceptado la invitación del patriota Gabriel Pereira para mudarse a su finca El Saladero; además de estar más cómodo allí, tenía lugar para recibir a las innumerables personalidades que querían volver a verlo, saludarlo o conocerlo. Tal fue el caso del coronel Tomás de Iriarte, oficial de la independencia del que don José había sentido hablar. De Iriarte había sido oficial español al mando de La Serna, y como tantos liberales que renegaban del absolutismo, se había pasado a las filas patriotas en Salta, para actuar a las órdenes de Belgrano. En esta oportunidad Buenos Aires lo había sancionado con el destierro por ponerse en contra de Lavalle. Y como él mismo decía, en realidad el gobierno lo había premiado dándole la oportunidad de ir a Montevideo y poder así conocer al general San Martín. Intimaron inmediatamente. En la primera visita de Iriarte, don José se inclinó a abrirle su afecto al escuchar de boca del coronel lo que opinaba sobre Lavalle:

—La revolución de Lavalle, general, fue la torpeza política con más costo de la historia. Dorrego había puesto en marcha un plan de institucionalización del país, que quedó abortado.

—¡Qué barbaridad haber llegado al extremo de fusilarlo! —reflexionó San Martín.

—Yo, como comandante de artillería movilicé al único regimiento que apoyó a la autoridad constituida, en contra de todo el ejército sublevado. Pero fui derrotado y por eso estoy aquí.

Siguieron intercambiando criterios sobre el drama que llevó a la decisión trágica de Lavalle. A San Martín no le entraba en la cabeza que estuvieron hablando del fusilamiento de un guerrero de la independencia por parte de otro patriota, ambos oficiales que revistieran en su ejército.

En la segunda visita de Iriarte a San Martín, entre mate y mate pudieron hablar de cuestiones más gratas, rememorando ambos la guerra contra Napoleón en la Península. Además de deleitarse con recuerdos de situaciones, paisajes, batallas, personajes, descubrieron la cercanía física en que habían estado, sin haberse conocido. Se divirtieron hasta la risa al descubrir que después del desastre de Ocaña, producido el repliegue español y la pérdida de Andalucía, habían actuado obedeciendo órdenes a pocos metros de distancia uno del otro; el teniente Iriarte junto a la tropa, y el teniente coronel San Martín sirviendo de edecán del general Marqués de Coupigni.

Realmente, la presencia de Iriarte en la finca El Saladero fue un bálsamo para don José, quien lo instaba para que se llegara periódicamente. En otra oportunidad salió en la conversación el tema de la independencia del Uruguay. San Martín le dio su opinión al coronel Iriarte, apoyándose en un gran mapa de Sudamérica que tenía consigo. Con el dedo índice delineó los límites del Estado que él imaginara como resultado final de la guerra de independencia: incluía al Alto

Perú, al Paraguay, a la Banda Oriental y al sur de Chile, dominando el océano Atlántico y con dos salidas al Pacífico, por el norte en el Alto Perú y por el sur del Bío Bío.

—Un Estado inmenso, Iriarte, con grandes potencialidades que no convenían a ninguna nación con apetencias imperiales. En pos de ese objetivo fue que Manuel Belgrano planteara en el Congreso de Tucumán, con mi apoyo y el de otros patriotas como Güemes y Monteagudo, aprobar un gobierno con un descendiente Inca a la cabeza con sede en El Cuzco.

Por esos días se enteraron de la recuperación de Guayaquil por el Perú, y el triunfo posterior de Sucre sobre La Mar en Portete de Tarqui, Ecuador, revirtiendo la situación.

—Todos esos sueños de unidad, Iriarte, fueron vagas ilusiones. La propia creación del Estado de Uruguay es la concreción de los proyectos ingleses de fraccionamiento de los estados americanos.

Quedaron ambos veteranos en silencio, meditando con sus tristes miradas sobre el mapa que desplegara don José.

Esa grata relación llegó a su fin a los pocos días, con la partida del Libertador hacia el viejo continente.

En el puerto de Montevideo, antes de embarcar, el general San Martín, poniendo una mano sobre el hombro del coronel Iriarte, a modo de despedida le dijo:

—Ahora, Tomás, solo resta que el país, al optar por las instituciones republicanas, se aboque a afianzarlas. Mis expectativas se vieron frustradas. Guayaquil se perdió para el Perú, y el Alto Perú para la Argentina. Con el repliegue definitivo de Bolívar y el mío, comienza una larga historia para estos pueblos que deberán, con grandes sacrificios, superar lamentables frustraciones. Llegará por cierto el día en que los argentinos puedan disfrutar de los dones de estas tierras, que serán el objeto de mis nostalgias. Yo, en tanto, soñaré con su felicidad; ya más no puedo hacer.

La mañana estaba esplendorosa, con un sol radiante que resaltaba el color león del gran río que fluía sereno hacia el mar. Infinidad de gaviotas sobrevolaban el muelle, como si fueran parte de una formación militar despidiendo al gran capitán.

El coronel Iriarte vio subir al paquebote a un San Martín agobiado, vencido, más viejo de lo que realmente era. Pensó en la ironía y la crueldad con que las jóvenes patrias americanas trataban a sus ilustres guerreros.

FIN

Índice

Introducción 7
Desobediencia y Acta de Rancagua 11
Valparaíso, 1820 17
La Lima virreinal 23
Delación y cárcel 33
En suelo peruano 39
El armisticio de Punchauca 47
Huida y reclusión en Jauja 51
Entrada en Lima 57
Defensa de Lima y gobierno revolucionario 63
Conflicto con el almirante Cochrane 71
De Mezy es llamado por Monteagudo 75
Guayaquil 79
Las traiciones en Lima 93
Renuncia y destierro 101
Congreso Constituyente y salida del Perú 107
Radicado en Mendoza 115
Montevideo. Cinco años después 119





Guayaquil
se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura,
Guatire, Edo. Miranda, Venezuela.
Son 2.000 ejemplares



• Colección Continentes •

«La gesta del general San Martín, cruzando los Andes con su ejército, fue una hazaña militar tan o más grande que la de Aníbal Barca, el joven comandante en jefe del ejército cartaginés, quien traspuso los Pirineos y los Alpes». Con estas palabras llenas de admiración inicia el autor esta crónica histórico-novelesca sobre la obra del Protector del Perú, el argentino José de San Martín, quien, al igual que nuestro Simón Bolívar, ofreció sus mayores esfuerzos, su juventud, su salud a la causa de la libertad de América, recibiendo a cambio la envidia, la ingratitud y la persecución de sus compatriotas. San Martín, a quien, «Paradójicamente, los realistas no lo podían derrotar, pero el fuego amigo mellaba su voluntad y capacidad de mando. Realmente sentía un gran cansancio, al que se sumaban sus males físicos…», falleció en el exilio, al igual que nuestro Libertador. Definitivamente, «La revolución es ingrata con sus hijos».

Horacio Alberto López (Bahía Blanca, Argentina). Ingeniero industrial, poeta, escritor, ensayista e investigador en temas históricos. Mención Honorífica en el Premio Municipal de Caracas 2009 al Pensamiento Político Gustavo Machado por su libro *Secesionismo, anexionismo, independentismo en Nuestra América: herramientas de la dominación* (Editorial El perro y la Rana). En 2014 Monte Ávila Editores publicó su ensayo *Anfictionía en América. La lucha por la Patria Grande en el siglo XIX*. Entre sus novelas figuran *Túpac Amaru. El hombre del llautu rojo* (1992), *Mariano Moreno. Memorias desde el fondo del mar* (1997), *Por un único Sol. Diario ficcional de Monteagudo* (2000) y *Puerto Luis: la tercera invasión inglesa* (2002).









